

V.I. Lenin

**Una caricatura del marxismo y
el “economismo imperialista”**

Originalmente imprimido en *Obras Completas*
de Lenin, tomo XXIV, páginas 26-80,
Akal Editor, España, 1977

Reimprimido por
Ediciones Estrella Roja
www.RedStarPublishers



Índice

1. La actitud marxista hacia la guerra y la “defensa de la patria”	2
2. “Nuestra concepción de la nueva época”	9
3. ¿Qué es el análisis económico?	13
4. El ejemplo de Noruega	21
5. “Monismo y dualismo”	28
6. Las demás cuestiones políticas planteadas y tergiversadas por P. Kievski	37
7. Conclusión. Los métodos de Alexinski	49
Notas	50

Una caricatura del marxismo y el “economismo imperialista”¹

“Nadie puede desacreditar a la socialdemocracia revolucionaria, en tanto ella misma no se desacredite.” Siempre recordamos y debemos tener presente esta sentencia, cuando triunfa cualquier tesis teórica o táctica importante del marxismo o cuando está a la orden del día, y cuando, además de los enemigos francos y firmes es “asaltada” por amigos que la comprometen irremediamente — hablando en ruso: la ridiculizan— y la convierten en una caricatura. Esto ha sucedido más de una vez en la historia del movimiento socialdemócrata de Rusia. El triunfo del marxismo en el movimiento revolucionario, a comienzos de la última década del siglo pasado, fue acompañado por la aparición de una caricatura del marxismo, en forma de “economismo” o “huelguismo”. Los “iskristas”^{*} no habrían podido defender los fundamentos teóricos y políticos del proletariado, contra el populismo pequeñoburgués y contra el liberalismo burgués, sin una larga lucha contra el “economismo”.

Igual cosa sucedió con el bolchevismo, que triunfó en el movimiento obrero de masas en 1905 debido, entre otros motivos, a una correcta aplicación de la consigna de “boicot a la Duma zarista”[†] cuando se libraron las luchas más importantes de la revolución rusa, en el otoño de 1905. El bolchevismo tuvo que enfrentar —y vencer en la lucha— otra caricatura en 1908-1910 cuando Alexinski y otros se oponían con gran alboroto a participar en la III Duma[‡].

Igual cosa sucede también ahora. El reconocimiento del carácter imperialista de la guerra actual, y la demostración de sus íntimos vínculos con la época imperialista del capitalismo, encuentran no solamente resueltos adversarios sino también amigos irresolutos, para quienes la palabra “imperialismo” se ha convertido en “moda”. Han memorizado la palabra y ofrecen a los obreros una irremediable confusión teórica, resucitando muchos de los viejos errores del viejo “economismo”. El capitalismo ha triunfado; por lo tanto no es

^{*} Integrantes de la organización revolucionaria que se formó en torno al periódico *Iskra*, fundado por Lenin en 1900 y que se publicaba en el extranjero. (Ed.)

[†] Véase V. I. Lenin, *Obras*, t. XI, nota 4. (Ed.)

[‡] Se refiere a los otzovistas y a los ultimativistas, véase id. *ibíd.*, t. XV, nota 17. (Ed.)

necesario molestarse con problemas políticos, razonaban los viejos “economistas” en 1894-1901, llegando hasta la negación de la lucha política en Rusia. El imperialismo ha triunfado; por lo tanto no es necesario molestarse con los problemas de la democracia política, razonan los actuales “economistas imperialistas”. Como muestra de esos sentimientos, de esa caricatura del marxismo, merece atención el artículo de P. Kíevski que se publica en este número, como primer intento de ofrecer algo parecido a una exposición literaria integral de las vacilaciones que se han observado en algunos círculos de nuestro partido en el extranjero desde principios del año 1915.

Si el “economismo imperialista” se propagara entre los marxistas, que se han manifestado decididamente contra el socialchovinismo y por el internacionalismo revolucionario en la gran crisis actual del socialismo, ello significaría un golpe gravísimo a nuestra tendencia —y a nuestro partido— pues lo comprometería desde dentro, desde sus propias filas, lo convertiría en exponente de un marxismo caricaturesco. Por eso es necesario discutir profundamente aunque sólo sea los más importantes de los numerosos errores de Kíevski prescindiendo de lo “poco interesante” que esto sea, y prescindiendo, también, del hecho de que con frecuencia tengamos que explicar tediosamente verdades elementales conocidas y comprendidas hace mucho por el lector atento y reflexivo a través de nuestra literatura de los años 1914 y 1915.

Empezaremos por el punto “central” de los razonamientos de P. Kíevski, para llevar inmediatamente al lector a la “esencia” de esta nueva tendencia del “economismo imperialista”.

1. La actitud marxista hacia la guerra y la “defensa de la patria”

P. Kíevski está convencido, y quiere convencer a sus lectores, que él solamente “no está de acuerdo” con el § 9 del programa de nuestro partido, que se refiere a la autodeterminación de las naciones. Trata, muy enfadado, de rechazar la acusación de haberse apartado de los fundamentos del marxismo en general en el problema de la democracia, de haber “traicionado” (las comillas airadas son de P. Kíevski) el marxismo en problemas fundamentales. Pero, lo cierto es que en cuanto nuestro autor comienza a discutir su desacuerdo supuestamente parcial sobre un problema particular, en cuanto presenta sus argumentos, consideraciones, etc., inmediatamente revela que se está desviando del marxismo en toda la línea. Tómese el § *b*

(apart. 2) de su artículo. “Esta reivindicación” (es decir, la autodeterminación de las naciones) “lleva directamente [!] hacia el social-patriotismo” declara nuestro autor, y explica que la consigna “traidora” de la defensa de la patria surge de manera “completamente” [!] lógica [!] del derecho de las naciones a la autodeterminación”... En su opinión, la autodeterminación significa “aprobar la traición de los social-patriotas franceses y belgas, que defienden esta independencia [la independencia nacional de Francia y Bélgica], con las armas en las manos, ellos hacen lo que los partidarios de la ‘autodeterminación’ defienden sólo...” “La defensa de la patria pertenece al arsenal de nuestros más encarnizados enemigos...” “Nos negamos decididamente a comprender cómo se puede estar al *mismo tiempo* contra la defensa de la patria y por la autodeterminación, contra la patria y por ella.”

Este es P. Kíevski. Evidentemente no ha comprendido nuestras resoluciones contra la consigna de la defensa de la patria en la actual guerra. Es necesario, por lo tanto, explicar nuevamente el sentido de lo que, con tanta claridad, se expone en nuestras resoluciones.

La resolución de nuestro Partido, adoptada en la Conferencia de Berna, en marzo de 1915, “Sobre la consigna de la defensa de la patria”, comienza con estas palabras: “*La verdadera esencia de la guerra actual reside*”...

La resolución trata de la guerra actual. No pudo ponerse con mayor claridad. Las palabras “en esencia”, indican que hay que distinguir entre lo aparente y lo real, entre la apariencia y la esencia, entre las palabras y los hechos. El propósito de todo* discurso sobre la defensa de la patria en esta guerra es presentar falsamente la guerra imperialista de 1914-1916, guerra por el reparto de colonias, por el saqueo de países extranjeros, etc., como una guerra nacional. Y para no dejar la más mínima posibilidad de desfigurar nuestros puntos de vista, agregamos a la resolución un párrafo especial sobre las “guerras realmente nacionales” que “tuvieron lugar particularmente (¡particularmente no significa; exclusivamente!) entre 1789 y 1871”.

La resolución aclara que en la “base” de estas guerras “realmente” nacionales existía un “largo proceso de movimientos nacionales

de masas, una lucha contra el absolutismo y el feudalismo, por la eliminación de la opresión nacional...”*

¿Está claro, no es así? La actual guerra imperialista se deriva de las condiciones generales de la época imperialista, y no es casual, no es una excepción, no es una desviación de lo general y típico. Los discursos sobre la defensa de la patria son por lo tanto un engaño al pueblo, pues esta guerra no es una guerra nacional. En una guerra realmente nacional las palabras “defensa de la patria” no son un engaño y no estamos en contra de ella- Tales guerras (realmente nacionales) tuvieron lugar “particularmente” entre 1789 y 1871 y nuestra resolución, sin negar con una sola palabra que también ahora son posibles, explica cómo debemos distinguir una guerra realmente nacional de una guerra imperialista, encubierta con engañosas consignas nacionales. Para distinguir las específicamente, tenemos que examinar si la “base” de la guerra consiste en “un largo proceso de movimientos nacionales de masas”, el “derrocamiento de la opresión nacional”. La resolución sobre el “pacifismo” afirma expresamente: “los social-demócratas no pueden dejar de notar el significado positivo de las guerras revolucionarias, es decir, de las guerras no imperialistas, como aquellas que tuvieron lugar, por ejemplo [préstese atención: “por ejemplo”] desde 1789 hasta 1871 con el propósito de suprimir la opresión nacional”...† ¿Podía la resolución de nuestro Partido de 1915 hablar de las guerras nacionales sostenidas desde 1789 a 1871, y decir que no negamos el significado positivo de tales guerras, si no se considerara que también hoy son posibles? Claro que no.

En el folleto de Lenin y Zinóviev sobre *Socialismo y guerra* se hace un comentario o explicación popular de las resoluciones de nuestro Partido. En la página 5, se dice claramente que “los socialistas han considerado las guerras por la defensa de la patria’, o guerras ‘defensivas’, como legítimas, progresistas y justas”, sólo en el sentido del “derrocamiento de la opresión extranjera”. Cita un ejemplo: Persia contra Rusia, “etc.”, y dice: “estas serían guerras justas y defensivas, prescindiendo de quién atacó primero; cualquier socialista desearía la victoria de los Estados oprimidos dependien-

* Véase V. I. Lenin, ob. cit., t. XXII, “Conferencia de las secciones del POSDR en el extranjero”, Sobre la consigna de la “defensa de la patria”. (Ed.)

† Id., ibíd., “El pacifismo y la consigna de la paz”. (Ed.)

tes, y de los Estados en desigualdad de condiciones sobre las grandes' potencias opresoras, esclavistas y expoliadoras"*.

P. Kíevski conoce perfectamente el contenido del folleto, que fue publicado en agosto de 1915 y traducido al alemán y al francés. ¡Y nunca, en ninguna ocasión ni él, ni nadie objetó la resolución sobre la consigna de defensa de la patria, o la resolución sobre el pacifismo, o su interpretación en el folleto! ¡Nunca, ni una sola vez! Tenemos entonces, el derecho de preguntar: ¿calumniamos a P. Kíevski cuando decimos que no comprendió en absoluto el marxismo, si comenzando con marzo de 1915 no objetó los puntos de vista de nuestro Partido sobre la guerra, mientras que ahora, en agosto de 1916, en un artículo sobre la autodeterminación, es decir, sobre un problema supuestamente parcial, revela una notable incomprensión de un problema *general*?

P. Kíevski califica la consigna de la defensa de la patria de "traidora". Podemos asegurarle con confianza que toda consigna es y será siempre "traidora" para *quienes* la repiten en forma mecánica, sin comprender su significado, sin prestarle una atención adecuada, para quienes simplemente memorizan las palabras sin analizar sus inferencias.

¿Qué es en términos generales la "defensa de la patria"? ¿Es un concepto científico referente a la economía, a la política, etc.? No. Es simplemente una expresión corriente muy manoseada, a veces simplemente pequeño-burguesa, destinada a *justificar la guerra*. ¡Nada más, absolutamente nada más! El término "traidora" sólo puede aplicarse en el sentido de que el pequeño-burgués es capaz de justificar *cualquier* guerra diciendo: "defendemos nuestra patria", en tanto que el marxismo, que no se degrada rebajándose hasta el nivel de los pequeño-burgueses, exige un análisis histórico de cada guerra para determinar si *esta guerra particular* puede o no ser considerada progresista, si es útil a los intereses de la democracia y del proletariado, y si, *en tal sentido*, es legítima, justa, etc.

La consigna de defensa de la patria es a menudo una justificación inconsciente pequeño-burguesa de la guerra y revela incapacidad de analizar el significado y las consecuencias de una guerra particular y verla en su perspectiva histórica.

* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. XXII, "El socialismo y la guerra". Diferencia entre guerra ofensiva y guerra defensiva. (*Ed.*)

El marxismo hace este análisis y dice: si la “esencia” de la guerra es, *por ejemplo*, el derrocamiento de la opresión extranjera (lo que fue *particularmente* típico de la Europa de 1789-1871), entonces esa guerra es progresista en lo que se refiere a la nación o estado oprimidos. Sin embargo, si “la esencia” de la guerra es un nuevo reparto de colonias, el reparto del botín, el saqueo de países extranjeros (y así es la guerra de 1914-1916), entonces toda frase sobre la defensa de la patria es un “engaño absoluto al pueblo”.

¿Entonces, cómo descubrir y definir “la esencia” de una guerra? La guerra es la continuación de la política. En consecuencia debemos examinar la política de preguerra, la política que condujo a la guerra y la provocó. Si era una política imperialista, es decir, que defendía los intereses del capital financiero, y saqueaba y oprimía las colonias y los países extranjeros, entonces la guerra que surge de esa política es imperialista. Si era una política de liberación nacional, es decir, si era la expresión del movimiento de masas contra la opresión nacional, entonces la guerra que surge de esa política es una guerra de liberación nacional.

El hombre común no comprende que la guerra es la “continuación de la política” y por lo tanto se limita a la fórmula “el enemigo nos atacó”, “el enemigo invadió mi patria”, sin detenerse a analizar *qué* cuestiones están en juego en esa guerra, *qué* clases la libran y con *qué* objetivos políticos. P. Kíevski desciende al nivel de ese hombre común cuando declara que los alemanes han ocupado Bélgica y, en consecuencia, desde el punto de vista de la autodeterminación los “social-patriotas belgas tienen razón” o: los alemanes han ocupado parte de Francia, en consecuencia “Guesde puede estar satisfecho”, porque “se trata de un territorio poblado por la nación interesada” (y no por una nación extranjera).

Para el pequeño-burgués lo importante es *dónde* están apostados los ejércitos, quién está venciendo *en el momento actual*. Para un marxista lo importante es *qué cuestiones* están en juego *en esa guerra*, en el curso de la cual puede ir venciendo a veces un ejército, a veces el otro.

¿Por qué se libra la guerra actual? La respuesta está dada en nuestra resolución (basada en la política seguida durante décadas antes de la guerra por los países beligerantes). Inglaterra, Francia y Rusia luchan para conservar las colonias de las que se apoderaron, para saquear a Turquía, etc., Alemania lo hace para apoderarse de esas colonias y saquear ella misma a Turquía, etc. Admitamos incluso que

los alemanes tomen París o Petersburgo. ¿Cambiaría por eso el carácter de la guerra actual? En lo más mínimo. El propósito de los alemanes —y lo que es más importante aún, la política que realizarían en el caso de triunfar ellos— es apropiarse de las colonias, dominar a Turquía, anexarse territorios poblados por otras naciones, por ejemplo, Polonia, etc. De ninguna manera someter a la dominación extranjera a los franceses o a los rusos. La verdadera esencia de la guerra actual no es nacional, sino imperialista. En otras palabras: no se libra para que un bando pueda derrocar la opresión nacional, que el otro bando trata de mantener. Es una guerra entre dos grupos opresores, entre dos bandoleros, para determinar cómo repartir el botín, quién ha de saquear a Turquía y las colonias.

En síntesis: una guerra entre grandes potencias imperialistas (es decir, potencias que oprimen a toda una serie de pueblos y los tienen sometidos al capital financiero, etc.) o en *alianza* con las grandes potencias, es una guerra imperialista. Así es la guerra de 1914-1916. Y en *esa* guerra “la defensa de la patria” es un engaño, un intento de justificar la guerra.

Una guerra contra las potencias imperialistas, es decir, *contra* las potencias opresoras por parte de los países oprimidos (por ejemplo, coloniales), es una guerra realmente nacional. Es posible también hoy. “La defensa de la patria” en una guerra de una nación oprimida contra un opresor extranjero, no es un engaño. Los socialistas no se oponen a “la defensa de la patria” en una tal guerra.

La autodeterminación de las naciones es lo mismo que la lucha por la completa liberación nacional, por la plena independencia, contra las anexiones, y los socialistas no pueden —sin dejar de ser socialistas— rechazar tal lucha, en cualquiera de sus formas, inclusive hasta llegar a la insurrección o la guerra.

P. Kíevski cree que argumenta contra Plejánov. ¡Fue Plejánov quien señaló el vínculo entre la autodeterminación y la defensa de la patria! P. Kíevski *creyó* a Plejánov; creyó que ese vínculo *era realmente tal* como Plejánov lo presentaba. Y por haberle creído, P. Kíevski se asustó y resolvió después que él debía rechazar la autodeterminación para no caer en las conclusiones de Plejánov... ¡Grande es la confianza en Plejánov, y también el susto!, pero ¡no hay ni rastros de reflexión sobre la esencia del error de Plejánov!

Para hacer pasar esta guerra como una guerra nacional, los social-chovinistas invocan la autodeterminación.: Hay una sola manera correcta de combatirlos: debemos demostrar que la guerra no se

libra para liberar naciones, sino para determinar cuál de los grandes ladrones oprimirá *mayor número* de naciones. Llegar hasta la negación de las guerras que *efectivamente* se libran para la liberación de las naciones, significa hacer la peor caricatura del marxismo. Plejánov y los social-chovinistas franceses insisten en hablar de la república que existe en Francia para justificar la “defensa” de ella contra la monarquía alemana. Si fuéramos a seguir el hilo del razonamiento de P. Kíevski, ¡tendríamos que oponernos tanto a la república como a una guerra que *efectivamente* se libra para preservar la república!! Los social-chovinistas alemanes encaran el sufragio universal y la enseñanza primaria obligatoria en su país, para justificar la “defensa” de Alemania contra el zarismo. Si siguiéramos el hilo del razonamiento de P. Kíevski, ¡tendríamos que oponernos tanto al sufragio universal como a la enseñanza primaria obligatoria, o a una guerra que *efectivamente* se libra en defensa de la libertad política contra los intentos de abolirla!

K. Kautsky fue marxista hasta la guerra de 1914-1916, y muchas de sus principales obras y declaraciones serán siempre un modelo de marxismo. El 26 de agosto de 1910 escribió en *Neue Zeit* a propósito de la guerra inminente:

En una guerra entre Alemania e Inglaterra la cuestión no es la democracia, sino el dominio mundial, es decir, la explotación del mundo. No es esta una cuestión en la que los socialdemócratas puedan alinearse con los explotadores de su propia nación. (*Neue Zeit*, 28, Jahrg, Bd. 2, S. 776.)

He ahí una excelente formulación marxista, que coincide en todo con la nuestra, que desenmascara completamente al Kautsky de hoy, que del marxismo se pasó a la defensa del social-chovinismo. Es una formulación que pone de manifiesto con claridad los principios en que se basa la actitud del marxismo hacia la guerra (tendremos ocasión de volver sobre ello en otros artículos). La guerra es la continuación de la política. En consecuencia, cuando existe una lucha por la democracia, es posible una guerra por la democracia. La autodeterminación de las naciones es sólo una de las reivindicaciones democráticas y no difiere, en principio, de otras reivindicaciones democráticas. “El dominio mundial” es, dicho en pocas palabras, la esencia de la política imperialista, de la cual la guerra imperialista es la continuación. Negar la “defensa de la patria” en una guerra democrática, *es decir*, negar la participación en tal guerra, es

un absurdo que nada tiene que ver con el marxismo. Embellecer la guerra imperialista aplicándole el concepto de “defensa de la patria”, es decir, presentándola como una guerra democrática, es engañar a los obreros y estar con la burguesía reaccionaria.

2. “Nuestra concepción de la nueva época”

El título es de Kíevski. Él habla constantemente de una “nueva época”. Por desgracia, también aquí sus argumentos son erróneos.

Las resoluciones de nuestro Partido hablan de la guerra actual como engendrada por las condiciones generales de la época imperialista. Damos una correcta definición marxista de las relaciones entre la “época” y la “guerra actual”: el marxismo requiere una evaluación concreta de cada guerra. Para comprender por qué una guerra imperialista, es decir, una guerra profundamente reaccionaria y antidemocrática por sus inferencias políticas, pudo estallar e inevitablemente estalló entre las grandes potencias, muchas de las cuales encabezaban la lucha por la democracia en 1789- 1871, para comprender esto, debemos entender las condiciones generales de la época imperialista, es decir, la transformación del capitalismo en imperialismo, en los países avanzados.

P. Kíevski tergiversó notablemente la relación entre la “época” y la “guerra actual”. ¡De sus razonamientos se desprende que considerar el asunto *concretamente* significa analizar la “época”! Ahí está su error, precisamente.

La época de los años 1789-1871 tuvo un significado particular para Europa. Esto es indiscutible. No es posible comprender ni una sola guerra de liberación nacional, y tales guerras fueron particularmente típicas de ese período, a menos que se comprenda las condiciones generales de ese período. ¿Quiere decir que todas las guerras de aquella época fueron guerras de liberación nacional? Claro que no. Afirmarlo es reducir todo al absurdo y aplicar un ridículo estereotipo en lugar de un análisis concreto de cada guerra. En los años 1789-1871 hubo también guerras coloniales y guerras entre imperios reaccionarios que oprimían a muchas naciones.

El capitalismo avanzado europeo (y norteamericano) ha entrado en una nueva época del imperialismo. ¿Se desprende de ello que en la actualidad sólo son posibles las guerras imperialistas? Sostener tal cosa sería absurdo. Revelaría incapacidad para distinguir un fenómeno concreto dado del total de fenómenos posibles y diversos en una época dada. Una época se llama así, precisamente porque

abarca el total de fenómenos diversos y guerras, típicas y no típicas, grandes y pequeñas, algunas propias de países avanzados, otras de países atrasados. Dejar a un lado estos problemas concretos recurriendo a frases generales sobre la “época”, como hace P. Kíevski, es abusar del verdadero concepto “época”. Y para demostrarlo, citaremos un ejemplo entre muchos. Pero antes debemos señalar que uno de los grupos izquierdistas, a saber, el grupo alemán “Internacional”, en el § 5 de sus tesis publicadas en el núm. 3 del *Boletín de la Comisión Ejecutiva de Berna* (del 29 de febrero de 1916), adelantó esta proposición a todas luces errónea; “Las guerras nacionales no son ya posibles en la época de este imperialismo desenfrenado.” Analizamos esta declaración, en *Sbórník Sotsial-Demokta**. Por el momento, bastará señalar simplemente que, si bien todos aquellos que han seguido el movimiento internacionalista conocen desde hace tiempo esta tesis teórica (nos opusimos ya a ella en la reunión ampliada de la Comisión Ejecutiva de Berna en la primavera de 1916), ni un solo grupo la repitió o aceptó. Y en el artículo de P. Kíevski, escrito en agosto de 1916, no hay una sola palabra en ese sentido u otra proposición similar.

Esto hay que señalarlo, y por la siguiente razón: si se hubiese formulado una proposición tal, o parecida, entonces podríamos hablar de divergencias teóricas. Pero, puesto que tal proposición no fue formulada, estamos obligados a decir: no se trata de una interpretación distinta del concepto “época”, ni de una divergencia teórica, sino tan sólo una frase lanzada al descuido, tan sólo un abuso de la palabra “época”.

He aquí un ejemplo. P. Kíevski comienza su artículo preguntando: ¿No es igual esto (la autodeterminación) al derecho de recibir gratuitamente 10.000 desiatinas† de tierra en Marte? Esta pregunta sólo puede contestarse en forma bien concreta, teniendo en cuenta el carácter de la época actual. El derecho de las naciones a la autodeterminación es una cosa en la época de la formación de los Estados nacionales, como la mejor forma de desarrollar las fuerzas productivas en su nivel de entonces, pero es completamente otra cosa ahora que esta forma, el Estado nacional, traba el desarrollo de las fuerzas productivas. Una distancia enorme separa la época de la instauración del capitalismo y del Estado nacional, de la época de la bancarrota del Estado nacional y de la vispe-

* Véase V. I. Lenin, ob. cit., t. XXIII, “El folleto de Junius”. (Ed.)

† Desiatinas: medida rusa = 1,092 hectáreas. (Ed.)

ra de la bancarrota del mismo capitalismo. Discutir las cosas en “general”, fuera del tiempo y del espacio, no beneficia a un marxista.

Ahí tienen ustedes un ejemplo de caricaturización del concepto “época imperialista”. Y porque éste es un concepto nuevo e importante, ¡hay que luchar precisamente contra su caricatura! ¿A qué nos referimos cuando decimos que los Estados nacionales se convirtieron en trabas, etc.? Nos referimos a los países capitalistas avanzados, sobre todo a Alemania, Francia e Inglaterra, cuya participación en esta guerra ha sido el factor principal que la ha convertido en una guerra imperialista. En *esos* países, que hasta ahora estuvieron a la vanguardia de la humanidad, especialmente en 1789-1871, ha terminado el proceso de formación de estados nacionales. En *esos* países el movimiento nacional es algo que pertenece a un pasado irrevocable y tratar de resucitarlo sería una absurda utopía reaccionaria. El movimiento nacional de los franceses, ingleses y alemanes ha concluido hace tiempo. En esos países el próximo paso histórico es diferente: las naciones liberadas se han ido convirtiendo en naciones opresoras, en naciones de saqueo imperialista, naciones que se encuentran en la “víspera de la bancarrota del capitalismo”.

¿Y las otras naciones?

P. Kíevski repite, como una regla aprendida de memoria, que los marxistas deberían enfocar las cosas “concretamente”, pero él no aplica esa regla. En cambio, en nuestras tesis hemos dado deliberadamente un ejemplo de enfoque concreto, P. Kíevski no ha querido señalar nuestro error, si es que ha encontrado uno.

Nuestras tesis (§ 6) señalan que, tratándose de la autodeterminación, para ser concreto, se debe distinguir no menos de *tres* tipos de diferentes países (era evidentemente imposible discutir, en tesis generales, cada país por separado). Primer tipo: los países avanzados de Europa occidental (y Norteamérica), donde el movimiento nacional es cosa del pasado. Segundo tipo: Europa oriental, donde es cosa del *presente*. Tercer tipo: las semicolonias y las colonias, donde es, en gran medida, cosa del *futuro**.

¿Es esto correcto o no? A esto debió apuntar la crítica de P. Kíevski. ¡Pero él no advierte la esencia de los problemas teóricos!

* Véase V. I. Lenin, ob. cit., t. XXIII, “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”, Tres tipos de países, en lo que se refiere a la autodeterminación de las naciones. (*Ed.*)

No ve que a menos que refute la proposición arriba mencionada (contenida en el § 6) de nuestras tesis —y no puede ser refutada, porque es correcta—, sus disquisiciones sobre la “época” se parecen a un hombre que blande su espada, pero no asesta ni un golpe.

En contraposición a la opinión de V. Ilín —escribe al final de su artículo—, nosotros pensamos que para la mayoría [!] de los países occidentales [!] el problema nacional no está resuelto...

¿Así que el movimiento nacional de los franceses, españoles, ingleses, holandeses, alemanes e italianos no se llevó a cabo en los siglos XVII, XVIII, XIX o aun antes? Al principio del artículo, se ha tergiversado el concepto de “época del imperialismo” para hacer aparecer el movimiento nacional como realizado en general y no sólo en los países avanzados occidentales. ¡Al final del mismo artículo, se declara que “el problema nacional” “no está resuelto”, *precisamente*, en los países occidentales! ¿No es esto un embrollo?

En los países occidentales el movimiento nacional es algo del pasado lejano. En Inglaterra, Francia, Alemania, etc., etc., “la patria” es letra muerta, ya cumplió su función histórica, es decir, que allí el movimiento nacional no puede redituarse nada progresista, nada que eleve hacia una nueva vida económica y política a nuevas masas. El próximo paso histórico no es, en dichos países, el paso del feudalismo o del salvajismo patriarcal al progreso nacional, a una patria civilizada y políticamente libre, sino el paso de una “patria” que ya vivió su tiempo, que ha pasado la etapa de la madurez capitalista, hacia el socialismo.

En Europa oriental la situación es diferente. Sólo quien viva soñando con Marte puede negar que para los ucranios y bielorrusos, por ejemplo, el movimiento nacional no se ha llevado a cabo todavía, que el despertar de las masas para lograr el uso pleno de su lengua materna y de su literatura (y ésta es condición indispensable e inseparable para el pleno desarrollo del capitalismo, para la penetración plena del intercambio hasta la última familia campesina) *todavía* está en vías de realización. La “patria” no es aún allí, históricamente, letra muerta. Aquí, “la defensa de la patria” *todavía* puede ser la defensa de la democracia, del idioma nacional, de la libertad política contra las naciones opresoras, contra el medioevo, en tanto que los ingleses, franceses, alemanes e italianos mienten cuando hablan de la defensa de su patria en la guerra actual, porque en realidad, lo que defienden no es su lengua materna, ni su derecho al

desarrollo nacional, sino sus derechos de esclavistas, sus colonias, las “esferas de influencia” de su capital financiero, etc.

En las colonias y semicolonias el movimiento nacional es históricamente más joven aún que en Europa oriental.

¿A qué se refieren las palabras “países avanzados” y época imperialista? ¿En qué consiste la situación “especial” de Rusia (título del § “e” en el 2º capítulo del artículo de P. Kíevski) y no sólo de Rusia? ¿Dónde es una frase falsa el movimiento de liberación nacional y dónde una realidad viva y progresista? Kíevski demuestra no entender ninguno de estos puntos.

3. ¿Qué es el análisis económico?

El punto central de todas las disquisiciones de los adversarios de la autodeterminación consiste en sostener que bajo el capitalismo o el imperialismo es inalcanzable. La palabra “inalcanzable” es frecuentemente usada en sentidos muy diversos y mal definidos. Por eso en nuestras tesis hemos insistido en lo que es indispensable en toda discusión teórica: una explicación de lo que significa “inalcanzable”. Sin limitarnos a esto, tratamos de dar tal explicación. *Todas* las reivindicaciones democráticas son “inalcanzables” bajo el imperialismo en el sentido que políticamente son difíciles de lograr o completamente irrealizables sin una serie de revoluciones.

Sostener que la autodeterminación es inalcanzable en el sentido económico es, sin embargo, absolutamente falso.

Eso fue lo que sostuvimos. Es el punto principal de nuestras divergencias teóricas, una cuestión a la cual, en cualquier discusión seria, nuestros adversarios debieron prestar la atención debida.

Obsérvese cómo trata el problema P. Kíevski.

Rechaza definitivamente lo inalcanzable en el sentido de políticamente “difícil de lograr”. Da una respuesta directa en el sentido de económicamente inalcanzable.

“¿Significa esto —escribe— que la autodeterminación bajo el imperialismo es tan inalcanzable como la moneda-trabajo* bajo la produc-

* Moneda-trabajo: unidad de medida en el utópico proyecto de Owen, retomado posteriormente por Gray, Proudhon y otros, por el cual se crearían establecimientos para el intercambio del producto del trabajo por medio de “bonos de trabajo” que traducirían “exactamente” la medida del trabajo efectuado, expresado en la unidad moneda-trabajo. (Ed.)

ción mercantil?” Y contesta: “Sí, ¡significa exactamente eso!, pues lo que estamos discutiendo es la contradicción lógica entre dos categorías sociales: el ‘imperialismo’ y la ‘autodeterminación de las naciones’, la misma contradicción lógica que existe entre otras dos categorías: la moneda-trabajo y la producción mercantil. El imperialismo es la negación de la autodeterminación y ningún prestidigitador puede conciliar las dos.”

Por tremenda que sea la colérica expresión “prestidigitador”, que nos lanza P. Kíevski, debemos, a pesar de todo, observarle que él simplemente no comprende qué quiere decir análisis económico. No debe haber “contradicción lógica” —a condición, naturalmente, de que exista un pensamiento lógico correcto— ni en el análisis económico, ni en el político. Por eso está completamente fuera de lugar invocar una “contradicción lógica” en general, cuando lo que discutimos es un análisis económico y no político. Tanto el fenómeno político como el económico están incluidos en las “categorías sociales”. En consecuencia, después de haber contestado resuelta y directamente: “Sí, significa exactamente eso” (es decir, la autodeterminación es tan inalcanzable como la moneda- trabajo bajo la producción mercantil), P. Kíevski echa a un lado todo el asunto yéndose por las ramas, sin ofrecer ningún análisis económico.

¿Cómo probamos que la moneda-trabajo es irrealizable bajo la producción mercantil? Por el análisis económico. Y el análisis económico, igual que otros, excluye la “contradicción lógica”, toma las categorías económicas y sólo -las económicas (y no las “categorías sociales” en general), y de ellas deduce que la moneda- trabajo es irrealizable. En el primer capítulo de *El capital* no hay mención alguna a política, o a formas políticas, o a “categorías sociales”: el análisis toma solamente los fenómenos económicos, el intercambio de mercancías, su desarrollo. El análisis económico demuestra — mediante razonamientos “lógicos”, se entiende—, que la moneda-trabajo es irrealizable en la producción mercantil.

¡P. Kíevski no intenta hacer nada que se aproxime a un análisis económico! Confunde la esencia económica del imperialismo con sus tendencias políticas, como se desprende ya de la primera frase del primer párrafo de su artículo. He aquí esta frase:

El capital industrial es la síntesis de la producción precapitalista y del capital comercial usurario. El capital usurario se convirtió en sirviente del capital industrial. Entonces el capitalismo sojuzga las diver-

sas formas del capital y surge su tipo superior, unificado: el capital financiero. Por ello toda la época puede ser denominada la época del capital financiero, del cual el imperialismo es el sistema de política exterior que corresponde.

Desde el punto de vista económico, esta definición no tiene ningún valor: en lugar de categorías económicas precisas sólo hay frases. Sin embargo es imposible detenernos en esto ahora. Lo importante es que P. Kíevski afirma que el imperialismo es “un sistema de política exterior”.

En primer lugar, esto es, esencialmente, una repetición de la idea errónea de Kautsky.

En segundo lugar, es una definición simplemente política y sólo política del imperialismo. ¡Al definir el imperialismo como un “sistema de política”, P. Kíevski quiere eludir el análisis *económico* que prometió hacer, cuando declaró que la autodeterminación es “*tan*” irrealizable, es decir, económicamente irrealizable bajo el imperialismo, como la moneda-trabajo bajo la producción mercantil!*

Kautsky, en su polémica con los izquierdistas, declaró que el imperialismo era “simplemente un sistema de política exterior” (es decir, las anexiones), y que sería erróneo denominar imperialismo a una determinada etapa, o nivel económico, en el desarrollo del capitalismo.

Kautsky está equivocado. Por supuesto, no es pertinente discutir palabras. No es posible prohibir el uso de la “palabra” imperialismo en este u otro sentido. Pero si se quiere discutir hay que definir con exactitud los conceptos.

Desde el punto de vista económico, el imperialismo (o la “época” del capital financiero, no se trata de palabras) es la etapa superior de desarrollo del capitalismo, en el cual la producción ha alcanzado tan grandes e inmensas proporciones que el monopolio rem-

* ¿Se da cuenta Kíevski de la palabra descortés que utiliza Marx con referencia a tales “métodos lógicos”? Sin aplicar esta palabra descortés a Kíevski, estamos obligados sin embargo a señalar que Marx describe tales métodos como “fraudulentos”: precisamente introducir arbitrariamente lo que se discute, precisamente lo que debe ser probado al definir un concepto.

Repetimos, no aplicamos la expresión descortés de Marx a Kíevski. Exponemos, simplemente, la fuente de su error. (En el manuscrito este pasaje está tachado. *Ed.*)

plaza a la libre competencia. Esa es la esencia económica del imperialismo. El monopolio se manifiesta en los trusts, en los sindicatos, etc.; en la omnipotencia de los bancos gigantescos y en el acaparamiento de las fuentes de materias primas, etc.; en la concentración del capital bancario, etc. Todo depende del monopolio económico.

La superestructura política de esta nueva economía, del capitalismo monopolista (el imperialismo es el capitalismo monopolista) es el paso de la democracia a la reacción política. La democracia concuerda con la libre competencia. La reacción política concuerda con el monopolio. “El capital financiero tiende a la dominación, no a la libertad”, dice con razón R. Hilferding en su *Capital financiero*.

Es fundamentalmente erróneo, antimarxista y anticientífico, separar “la política exterior” de la política en general, ni qué hablar de oponer la política exterior a la interior. Tanto en política exterior como interior, el imperialismo tiende hacia la violación de la democracia, hacia la reacción. En este sentido el imperialismo es, indiscutiblemente, la “negación” de la democracia en general, de toda la democracia y no sólo de una de sus reivindicaciones, la autodeterminación de las naciones.

Al ser una “negación” de la democracia en general, el imperialismo es también una “negación” de la democracia en el problema racional (es decir, la autodeterminación de las naciones): busca violar la democracia. La realización de la democracia es en el mismo sentido y en igual grado más difícil bajo el imperialismo (comparado con el capitalismo premonopolista) como es más difícil lograr una república, una milicia, elecciones de los funcionarios públicos por el pueblo, etc. No se puede ni hablar de que la democracia sea “económicamente” inalcanzable.

Posiblemente, P. Kíevski se dejó seducir aquí por el hecho (además de su incomprensión general de las exigencias de un análisis económico) de que el pequeñoburgués considera la anexión (es decir, la apropiación de territorios extranjeros contra la voluntad de sus pueblos, o sea, la violación de la autodeterminación) como equivalente a la “extensión” (expansión) del capital financiero sobre un territorio económico más vasto.

Pero no se debe encarar las cuestiones teóricas desde un ángulo pequeño-burgués.

El imperialismo es, desde el punto de vista económico, capitalismo monopolista. Para alcanzar el monopolio completo, hay que eliminar toda competencia, no sólo del mercado interno (del estado

dado), sino también del mercado exterior, en todo el mundo. ¿Es posible económicamente en la “época del capital financiero” eliminar la competencia inclusive en un país extranjero? Por supuesto que sí: se hace a través de la dependencia financiera del competidor y del acaparamiento de sus fuentes de materias primas, y eventualmente de todas sus empresas.

Los trusts norteamericanos son la expresión máxima de la economía del imperialismo o capitalismo monopolista. Para eliminar al competidor no se limitan a medidas económicas, sino que recurren constantemente a medidas políticas e inclusive a métodos criminales. Sin embargo, sería un error muy grave creer que los trusts no pueden establecer su monopolio por métodos puramente económicos. La realidad nos demuestra ampliamente que es “posible”: los trusts socavan el crédito de sus competidores por intermedio de los bancos (los dueños de los trusts se convierten en los dueños de los bancos: acaparan las acciones); el suministro de materiales a los competidores (los dueños de los trusts se convierten en los dueños de los ferrocarriles: acaparan las acciones); los trusts venden por cierto tiempo por debajo del costo, gastando millones en esto para arruinar al competidor y entonces acaparan sus empresas, sus fuentes de materias primas (minas, tierras, etc.).

He allí un análisis puramente económico del poder de los trusts y de su expansión. He ahí el camino puramente económico hacia la expansión: el *acaparamiento* de fábricas y empresas, de fuentes de materias primas.

El gran capital financiero de un país puede siempre acaparar a sus competidores de otro país, políticamente independiente, y constantemente lo hace. Esto es completamente realizable desde el punto de vista económico. La “anexión” económica es plenamente “realizable” sin la anexión política y tiene lugar a menudo. En la literatura sobre el imperialismo encontrarán a cada paso informaciones de que la Argentina, por ejemplo, es en realidad una “colonia comercial” de Inglaterra o que Portugal es en realidad un “vasallo” de Inglaterra, etc. Y en realidad es así: la dependencia económica respecto de los bancos ingleses, las deudas a Inglaterra, la adquisición, por parte de Inglaterra, de sus ferrocarriles, minas, tierras, etc., todo ello permite a Inglaterra “anexarse” estos países económicamente, sin violar su independencia política.

Autodeterminación de las naciones significa independencia política. El imperialismo trata de violar tal independencia porque la

anexión política hace a menudo más fácil la anexión económica, más barata (es más fácil sobornar a los funcionarios, asegurar las concesiones, implantar una legislación ventajosa, etc.), más conveniente, menos enojosa; de igual modo el imperialismo trata de remplazar la democracia en general por la oligarquía. Pero hablar del carácter económicamente inalcanzable de la autodeterminación bajo el imperialismo es completamente absurdo.

P. Kíevski elude las dificultades teóricas mediante una evasiva muy simple y superficial, conocida en Alemania como fraseología “burschikos”*, es decir, primitiva, frases groseras que se emplean (con toda naturalidad) durante las juergas estudiantiles. He aquí un ejemplo:

El sufragio universal —escribe P. Kíevski—, la jornada de ocho horas y hasta la república, son lógicamente compatibles con el imperialismo, a pesar de que no le hacen ninguna gracia [!!] y, por eso, su realización es extremadamente difícil.

Nosotros no tendríamos nada en contra de la declaración “burschikos” de que la república “no le hace ninguna gracia” al imperialismo — ¡una palabra frívola puede a veces dar colorido a una polémica científica!—, si además en esta polémica sobre problemas serios hubiera un análisis económico y político de los conceptos en discusión. Pero en P. Kíevski la frase “burschikos” sustituye ese análisis u oculta su ausencia.

¿Qué puede significar: ‘la república no le hace ninguna gracia al imperialismo’? ¿Y por qué?

La república es una de las formas posibles de superestructura política en la sociedad capitalista y, además, la forma más democrática dentro de las condiciones actuales. Decir: la república “no le hace ninguna gracia” al imperialismo quiere decir que existe una contradicción entre el imperialismo y la democracia. Es muy posible que esta conclusión “no le haga gracia” a P. Kíevski e inclusive “ninguna gracia”. A pesar de ello, es irrefutable.

Continuemos. ¿De qué carácter es esta contradicción entre el imperialismo y la democracia? ¿Es una contradicción lógica o ilógica? P. Kíevski usa la palabra “lógica” sin detenerse a pensar, y por

* Conservamos aquí, transliterándola, la palabra “burschikos”, rusificada por Lenin, y que deriva de la palabra alemana “Bursch”: estudiante. (*Ed.*)

lo tanto no nota que ella sirve, en este caso particular, para ocultar (a los ojos y la mente del lector y del autor) *¡el mismo problema* que pone a discusión! Ese problema es el de la relación de la economía con la política: la relación de las condiciones económicas y del contenido económico del imperialismo con una determinada forma política. Decir que toda “contradicción” que se manifiesta en las discusiones humanas es una contradicción lógica, no es más que una tautología. Y mediante esta tautología, P. Kíevski elude *la esencia* del problema: ¿es una contradicción “lógica” entre dos fenómenos o proposiciones *económicas* (1), o entre dos fenómenos o proposiciones políticas (2), o entre fenómenos o proposiciones *económicas* y *políticas* (3)?

¡Pues éste es el fondo de la cuestión, ya que estamos discutiendo la calidad de lo alcanzable o lo inalcanzable, desde el punto de vista económico, bajo una u otra forma política!

Si P. Kíevski no hubiera eludido el fondo de la cuestión, se habría dado cuenta de que la contradicción entre el imperialismo y la república es una contradicción entre la economía del capitalismo de nuestros días (o sea, el capitalismo monopolista) y la democracia política en general, pues nunca conseguirá P. Kíevski demostrar que ninguna medida democrática importante y fundamental (la elección de los funcionarios públicos o de oficiales por el pueblo, la plena libertad de asociación o de reunión, etc.) sea menos contraria al imperialismo (o si se quiere le “hace más gracia”), que la república.

Lo que tenemos, entonces, es la proposición formulada por nosotros en nuestras tesis: el imperialismo contradice, contradice “lógicamente”, toda democracia política en general. A P. Kíevski “no le hace gracia” esta proposición, pues destruye todas sus ilógicas interpretaciones, pero, ¿qué podemos hacer? ¿Podemos acaso aceptar un método que supuestamente refuta ciertas proposiciones, pero que en realidad las hace pasar subrepticamente, empleando expresiones tales como: ‘la república no le hace gracia al imperialismo’?

Prosigamos. ¿Por qué la república no le hace ninguna gracia al imperialismo? y ¿cómo “armoniza” el imperialismo su economía con la república?

P. Kíevski no pensó en ello. Le recordaremos las siguientes palabras de Engels a propósito de la república democrática. ¿Puede dominar la riqueza bajo esta forma de gobierno? El problema se refiere a la “contradicción” entre la economía y la política.

Engels contesta: "La república democrática nada sabe oficialmente sobre diferencias de bienes [entre los ciudadanos]. En ella la riqueza ejerce su poder indirectamente, pero de un modo más seguro. Por una parte, bajo la forma de corrupción directa de los funcionarios públicos, de lo cual Norteamérica da un ejemplo clásico, y, por otra, bajo la forma de una alianza entre el gobierno y la Bolsa..."*

¡He aquí un ejemplo excelente de análisis económico del problema de si es "realizable" la democracia bajo el capitalismo, parte del cual es la posibilidad de "realizar" la autodeterminación bajo el imperialismo!

La república democrática está en contradicción 'lógica' con el capitalismo, porque "oficialmente" coloca en un pie de igualdad al pobre y al rico. Es una contradicción entre el sistema económico y la superestructura política. La misma contradicción existe entre el imperialismo y la república, ahondada y agravada por el hecho de que el remplazo de la libre competencia por el monopolio "dificulta" más todavía la realización de la libertad política.

¿Cómo concilia entonces el capitalismo con la democracia? Por medio del establecimiento indirecto del poder omnimodo del capital. Hay dos medios económicos para ese fin: 1) la corrupción directa; 2) la alianza del gobierno con la Bolsa. (Esto lo sostienen nuestras tesis: en un régimen burgués el capital financiero "puede sobornar y comprar libremente a cualquier gobierno y a cualquier funcionario público.")

Una vez que la producción mercantil de la burguesía ejerce el poder del dinero, la corrupción (directa o a través de la Bolsa) es "realizable" bajo cualquier forma de gobierno y bajo cualquier clase de democracia.

¿Qué se modifica —se puede preguntar— a este respecto cuando el imperialismo remplaza al capitalismo, o sea, cuando el capitalismo monopolista remplaza al capitalismo premonopolista?

¡Solamente que se intensifica el poder de la Bolsa! Pues el capital financiero es el capital industrial que ha alcanzado su nivel más alto, de monopolio, y se ha fusionado con el capital bancario. Los grandes bancos se fusionan con la Bolsa y la absorben. (La literatura sobre el imperialismo habla de la declinación del papel de la Bol-

* Véase C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1957, pág. 658. (Ed.)

sa, pero solamente en el sentido de que todo banco gigantesco es virtualmente de por sí una Bolsa.)

Prosigamos. Si la “riqueza” en general es completamente capaz de alcanzar el dominio sobre cualquier república democrática por medio de la corrupción y la Bolsa, ¿cómo puede entonces P. Kíevski afirmar, sin caer en una curiosísima “contradicción lógica”, que la inmensa riqueza de los trusts y de los bancos, que manejan miles de millones, no puede “alcanzar” el dominio del capital financiero sobre una república extranjera, es decir, políticamente independiente??

Y bien: ¿acaso la corrupción de los funcionarios es “irrealizable” en un Estado extranjero?, ¿o la “alianza del gobierno con la Bolsa” sólo se aplica a su propio gobierno?

* * *

El lector habrá podido apreciar que para desenredar y explicar de un modo popular diez líneas de embrollo se necesitan cerca de diez páginas impresas. No podemos analizar con igual detalle cada uno de los argumentos de P. Kíevski — ¡y no hay uno que no sea un embrollo!—. Tampoco hay necesidad, ya que los principales argumentos han sido analizados. Nos ocuparemos brevemente del resto.

4. El ejemplo de Noruega

Noruega “alcanzó” el supuestamente inalcanzable derecho a la autodeterminación en el año 1905, en la época del imperialismo más desenfrenado. Por eso, hablar de la calidad de lo “inalcanzable” no sólo es absurdo desde el punto de vista teórico, sino también ridículo.

P. Kíevski quiere refutarlo, llamándonos airadamente “racionalistas” (¿qué tiene que ver con ello?; el racionalista se limita a disquisiciones puramente abstractas, ¡mientras nosotros hemos señalado un hecho bien concreto! ¿No será que P. Kíevski usa la palabra extranjera “racionalista” de la misma... ¿cómo expresarlo con mayor suavidad?... de la misma manera “poco feliz” con que usa al comienzo de su artículo la palabra “extractivo”, cuando presenta sus argumentos “en forma extractiva”?).

P. Kíevski nos reprocha diciendo que para nosotros “lo importante es la apariencia de los fenómenos, y no su verdadera esencia”. Bien, examinemos la verdadera esencia.

Su refutación comienza con este ejemplo: la promulgación de una ley contra los trusts no prueba que su prohibición sea irrealiza-

ble. Bastante justo. Pero el ejemplo es desafortunado, pues se vuelve contra P. Kíevski. Las leyes son medidas políticas, política. Ninguna medida política puede prohibir los fenómenos económicos. Cualquier forma política que adopte Polonia, sea ésta parte de la Rusia zarista o de Alemania, o una región autónoma o un Estado políticamente independiente, no suprimirá o abolirá su dependencia del capital financiero de las potencias imperialistas ni impedirá que ese capital acapare las acciones de sus industrias.

La independencia de Noruega “alcanzada” en 1905, fue sólo política. No podía afectar su dependencia económica, ni era ese el propósito. Eso, exactamente, es lo que dicen nuestras tesis. Señalamos que la autodeterminación sólo atañe a la política y que por consiguiente sería erróneo plantear incluso la cuestión de si es económicamente realizable. ¡Pero P. Kíevski nos “refuta” esto citando un ejemplo de la impotencia de las prohibiciones políticas contra la economía! ¡Vaya “refutación”!

Prosigamos.

No basta uno o incluso muchos ejemplos de preponderancia de las empresas, pequeñas sobre las grandes para refutar la justa tesis de Marx de que el desarrollo general del capitalismo va acompañado por la concentración y centralización de la producción.

Este argumento se basa otra vez en un ejemplo desacertado, elegido para distraer la atención (del lector y del autor) de la verdadera esencia del problema.

Sostenemos que es erróneo decir que la autodeterminación es económicamente irrealizable desde el punto de vista económico en el mismo sentido en que decimos que es irrealizable el dinero-trabajo bajo el capitalismo. No puede citarse ningún “ejemplo” de tal posibilidad de realización. P. Kíevski admite tácitamente nuestra razón sobre este punto, cuando pasa a otra interpretación de lo “irrealizable”.

¿Por qué no lo hace directamente? ¿Por qué no formula en forma abierta y precisa su tesis: “la autodeterminación, siendo realizable en el sentido de que es económicamente posible bajo el capitalismo, contradice el desarrollo y por lo tanto es reaccionaria o constituye sólo una excepción”?

No lo hace porque una formulación clara de esta contratesis en seguida pondría a su autor en descubierto y por ello trata de ocultarla.

La ley de la concentración económica, del triunfo de la gran producción sobre la pequeña, la reconocen nuestro programa y el de Erfurt. P. Kíevski oculta el hecho de que en ninguna parte se reconoce la ley de la concentración política o estatal. Si fuese una ley de esa clase —en caso de existir tal ley—, entonces ¿por qué P. Kíevski no la formula y propone que sea incorporada a nuestro programa? ¿Es justo de su parte dejarnos con un programa malo e incompleto, en vista de que él ha descubierto esta nueva ley de la concentración estatal, que tiene un significado práctico, ya que libraría a nuestro programa de conclusiones erróneas?

P. Kíevski no formula esa ley, no propone que se la incorpore a nuestro programa, porque tiene el vago presentimiento de que si lo hace se convertiría en un hazmerreír. ¡Todo el mundo se reiría de este divertido “economismo imperialista”, si fuera expresado abiertamente y si, junto con la ley de desplazamiento de la pequeña producción por la grande, se expusiera otra “ley” (que estuviera relacionada con la primera o que coexistiera con ella) del desplazamiento de los Estados pequeños por los grandes!

Para aclarar esto vamos a formularle solamente una pregunta a P. Kíevski: ¿por qué los economistas (sin comillas) no hablan de “desintegración” de los modernos trusts o de los grandes bancos? ¿o de la posibilidad y factibilidad de tal desintegración? ¿Por qué hasta el “economista imperialista” (entre comillas) está obligado a reconocer que la dispersión de los grandes Estados es posible y realizable, y no sólo en general, sino por ejemplo, la separación de las “pequeñas nacionalidades” (¡obsérvese bien!) de Rusia (§ e del capítulo 29 del artículo de P. Kíevski)?

Por último, para demostrar con mayor claridad aun hasta dónde llega nuestro autor, y para ponerlo en guardia, señalaremos lo siguiente: Todos aceptamos la ley del desplazamiento de la pequeña producción por la grande, pero nadie teme calificar un “ejemplo” específico de “predominio de pequeñas empresas sobre las grandes” de fenómeno reaccionario. Hasta ahora ninguno de los adversarios de la autodeterminación se ha atrevido a calificar de reaccionaria la separación de Noruega de Suecia, aunque nosotros, desde el año 1914, planteamos esta cuestión en nuestras publicaciones*.

* Véase V. I. Lenin, *ob cit.*, t. XXI, “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, La separación de Noruega de Suecia. (Ed.)

La gran producción es irrealizable, por ejemplo, si se conservan las máquinas manuales; es completamente absurda la idea de que una fábrica mecánica pueda “desintegrarse” en talleres de artesanos. La tendencia imperialista hacia grandes imperios es completamente realizable, y a menudo se realiza en la práctica en forma de alianza imperialista entre Estados soberanos e independientes — políticamente independientes—. Tal alianza es posible, y se observa no sólo bajo la forma de fusión económica de los capitales financieros de dos países, sino también bajo la forma de “cooperación” militar en una guerra imperialista. La lucha nacional, la insurrección nacional, la separación nacional son completamente “realizables” y se manifiestan en la práctica bajo el imperialismo, y son aún más pronunciadas pues el imperialismo no frena el desarrollo del capitalismo y el crecimiento de las tendencias democráticas entre las masas de la población, sino que, por el contrario, acentúa el antagonismo entre sus aspiraciones democráticas y la tendencia antidemocrática de los trusts.

Sólo desde el punto de vista del “economismo imperialista”, es decir, del marxismo caricaturizado, se puede ignorar, por ejemplo, este aspecto peculiar de la política imperialista: por un lado, la actual guerra imperialista nos brinda ejemplos de cómo la fuerza de los vínculos financieros y de los intereses económicos arrastra a un pequeño Estado políticamente independiente a la lucha de las grandes potencias (Inglaterra y Portugal). Por otro lado, la violación de la democracia respecto de las pequeñas naciones, mucho más débiles (económica y políticamente) que sus “protectores” imperialistas, da origen a rebeliones (Irlanda), o a la desertión de regimientos enteros a las filas del enemigo (el caso de los checos). En ese caso, no es solamente “realizable” desde el punto de vista del capital financiero, sino a veces inclusive productivo para los trusts, para su política imperialista, para su guerra imperialista, conceder la mayor cantidad posible de libertades democráticas, inclusive la independencia política a algunas pequeñas naciones, para no correr el riesgo de hacer peligrar “sus propias” operaciones militares. Descuidar la particularidad de las relaciones políticas y estratégicas y repetir, venga o no al caso, una sola palabra —“imperialismo”— aprendida de memoria, nada tiene que ver con el marxismo.

Sobre Noruega, P. Kíevski nos comunica, en primer lugar, que “siempre ha sido un Estado independiente”. Esto no es cierto, sólo puede explicarse por la negligencia “burschikos” del autor y su des-

preocupación por los problemas políticos. Antes de 1905 Noruega no era un Estado independiente, aunque gozaba de una muy amplia autonomía. Suecia reconoció la independencia política de Noruega sólo *después* de separarse ésta. Si Noruega “fue siempre una nación independiente”, el gobierno sueco no habría comunicado entonces, a las otras potencias, el 26 de octubre de 1905, que reconocía la independencia de Noruega.

En segundo lugar, P. Kíevski cita una serie de declaraciones para probar que Noruega miraba hacia occidente y Suecia hacia oriente, que en un país “actuaba” con preferencia el capital financiero inglés y en otro el alemán, etc., y de allí extrae la triunfante conclusión: “este ejemplo” (Noruega) “se ajusta a nuestro modelo”.

¡He aquí una muestra de la lógica del “economismo imperialista”! Nuestras tesis señalan que el capital financiero puede dominar en “cualquier” país, “aunque sea independiente”, y todos los argumentos sosteniendo que la autodeterminación, desde el punto de vista del capital financiero, es “irrealizable” no son más que puro embrollo. Ofrecemos datos que confirman nuestras tesis sobre el papel desempeñado por el capital financiero extranjero en Noruega *antes y después* de la separación, ¡y se alega que estos datos refutan nuestra tesis!

Explayarse sobre el capital financiero para *dejar de lado* las cuestiones políticas. ¿Es ésa la forma de discutir sobre política?

No. Las cuestiones políticas no desaparecen debido a la lógica defectuosa del “economismo”. En Noruega “actuaba” el capital financiero inglés antes y después de la separación. En Polonia el capital financiero alemán “actuaba” antes de su separación de Rusia y seguirá “actuando” allí, *cualquiera* sea la situación política de Polonia. Esto es tan elemental, que resulta embarazoso tener que repetirlo. ¿Pero qué podemos hacer cuando se ha olvidado el abecé?

¿Hay que hacer caso omiso por ello del problema político de la situación de Noruega? ¿del hecho de que haya pertenecido a Suecia? ¿de la actitud de los obreros en el momento que surgió el problema de la separación?

P. Kíevski elude estos problemas porque golpean duro a los “economistas”. Pero la vida misma ha planteado y plantea estos problemas. La vida misma planteó la presunta: ¿Puede un obrero sueco, que no reconoció el derecho de Noruega a la separación, seguir perteneciendo al partido socialdemócrata? No, no puede.

Los aristócratas suecos querían una guerra contra Noruega y también el clero. Este hecho no desaparece porque P. Kíevski ha “olvidado” leerlo en la historia del pueblo noruego. El obrero sueco podría, sin dejar de ser socialdemócrata, haber aconsejado a los noruegos que votaran contra la separación (el referéndum sobre la separación, que tuvo lugar en Noruega el 13 de agosto de 1905. Dio 388.200 votos por la separación y 184 en contra, con la participación de alrededor del 80% del electorado). Pero el obrero sueco que, como la aristocracia y la burguesía suecas, hubiera negado a los noruegos el derecho de decidir esta cuestión por sí mismos, sin los suecos, y prescindiendo de su voluntad, habría sido *un socialchovinista u un infame, que el partido socialdemócrata no podría haber tolerado en sus filas*.

Así es como debería aplicarse el § 9 de nuestro programa de partido, punto que quiere saltar nuestro “economista imperialista”. ¡No lo pueden saltar, señores, sin caer en brazos del chovinismo!

¿Y el obrero noruego? ¿Era su deber desde el punto de vista del internacionalismo, votar por la separación? De ninguna manera. Podía haber votado contra la separación sin dejar por ello de ser socialdemócrata. Sólo habría faltado a su deber de miembro del partido socialdemócrata si hubiera tendido su mano a un obrero sueco centurionegrta, enemigo de la libertad de separación de Noruega.

Cierta gente no quiere ver esta diferencia elemental entre la posición del obrero noruego y el sueco. Pero se traicionan a sí mismos cuando eluden este problema, el más concreto de los problemas políticos que nosotros les planteamos abiertamente. Se callan, lo esquivan y de ese modo abandonan su posición.

Para probar que el problema “noruego” puede surgir en Rusia, hemos formulado deliberadamente esta tesis: desde el punto de vista exclusivamente militar y estratégico, es completamente realizable, inclusive en la *actualidad*, un Estado polaco separado. P. Kíevski quiere “discutirlo” ¡pero se calla!

Agreguemos esto: también Finlandia, fuera de consideraciones *exclusivamente* militares y estratégicas, suponiendo cierto resultado de la presente guerra imperialista (por ejemplo, que Suecia se una a los alemanes y una semivictoria de estos últimos), puede convertirse en un Estado separado, sin entorpecer la “realización” de ni siquiera una sola operación del capital financiero, sin hacer “irrealizable” el

acaparamiento de las acciones de los ferrocarriles y las industrias de Finlandia*.

P. Kíevski busca salvarse de las desagradables cuestiones políticas con una frase sorprendente, que es sorprendentemente característica de todos sus “argumentos”. “En cualquier momento... [así dice textualmente al final del § c del cap. I]... la espada de Damocles puede descargarse y poner fin a la existencia de un ‘taller’ independiente” (una “alusión” a la pequeña Suecia y a Noruega).

Esto, al parecer, es verdadero marxismo: no hace más de 10 años que existe el Estado independiente noruego, cuya separación de Suecia fue calificada por el gobierno sueco de “medida revolucionaria”. ¿Pero acaso vale la pena examinar las cuestiones políticas que de esto se siguen, si hemos leído el *Capital financiero* de Hilferding y lo hemos “entendido” en el sentido que “en cualquier momento” — ¡ya que exageramos, lleguemos hasta el final!— un pequeño Estado puede desaparecer? ¿Acaso vale la pena prestar atención al hecho de que hemos desfigurado el marxismo transformándolo en “economismo”, y hemos convertido nuestra política en un farrago de discursos de empedernidos chovinistas rusos?

¡Qué error cometieron los obreros rusos en 1905, al aspirar a una república: el capital financiero ya se había movilizadado contra ésta en Francia, Inglaterra, etc., y “en cualquier momento” la “espa-

* Suponiendo que el resultado de la actual guerra fuera uno, la formación de nuevos Estados en Europa (polaco, finlandés, etc.), sería totalmente “realizable”, sin perturbar en lo más mínimo las condiciones de desarrollo del imperialismo y su poder. Por el contrario, ello intensificaría la influencia, los contactos y la presión del capital financiero. Pero si el resultado fuera otro, sería igualmente “realizable” la formación de nuevos Estados, húngaro, checo, etc. Los imperialistas ingleses están planeando ya este segundo desenlace, anticipándose a su victoria. La época imperialista no destruye las aspiraciones de las naciones a su independencia política ni las posibilidades de su “realización” dentro de los límites de las relaciones imperialistas mundiales. Fuera de estos límites, sin embargo, una Rusia republicana o en general cualquier transformación democrática importante en cualquier parte del mundo son “irrealizables” sin una serie de revoluciones, e inestables sin el socialismo. P. Kíevski no ha comprendido nada en absoluto sobre la relación entre el imperialismo y la democracia.

da de Damocles” podía haberla derribado en el caso que hubiera surgido!

* * *

“La exigencia de la autodeterminación nacional no es... utópica en el programa mínimo: no contradice el desarrollo social, por cuanto su realización no detendrá ese desarrollo.” P. Kíevski pone en tela de juicio esta cita de MártoV en la parte en que menciona las “declaraciones” sobre Noruega que prueban una y otra vez el hecho por todos conocido, de que la “autodeterminación” y la separación de Noruega ¡no detuvo ni el desarrollo del capital financiero en general, ni la expansión de sus operaciones en particular, ni el acaparamiento de Noruega por los ingleses!

Ha habido bolcheviques, por ejemplo Alexinski en 1908-1910, que discutieron con MártoV, precisamente cuando MártoV tenía razón, ¡Que Dios nos libre de semejantes “aliados”!

5. "Monismo y dualismo"

Al reprocharnos por “interpretar en forma dualista esta reivindicación”, P. Kíevski escribe:

La acción monista de la Internacional es remplazada por la propaganda dualista.

Esto suena muy marxista y materialista: se contrapone la acción monista a la propaganda “dualista”. Lamentablemente, un examen más atento revela que es “monismo” verbal, como el “monismo” de Dühring. “Si incluyo un cepillo de zapatos en la unidad animales mamíferos —escribe Engels desenmascarando el ‘monismo’ de Dühring— no adquirirá por ello glándulas mamarias.”*

Esto significa que sólo se puede proclamar “unidad” aquellas cosas, propiedades, fenómenos y acciones que son *una unidad* en la realidad objetiva. ¡Nuestro autor pasa por alto, precisamente, este “detalle”!

Él cree que somos “dualistas”, primero, porque lo que exigimos como cosa primordial de los obreros de las naciones oprimidas —se trata únicamente del problema nacional— difiere de lo que exigimos de los obreros de las naciones opresoras.

* Véase F. Engels, *Anti-Dühring*, Bs. Aires, Ed. Hemisferio, 1952, pág. 42. (Ed.)

Para determinar si el “monismo” de P. Kíevski es el mismo que el de Dühring, examinemos *la realidad objetiva*.

¿Es igual, desde el punto de vista del problema nacional, la situación real de los obreros en las naciones opresoras y en las oprimidas?

No, no es igual.

1) Desde el punto de vista económico, la diferencia consiste en que un sector de la clase obrera en los países opresores recibe las migajas de las *super ganancias* que obtiene la burguesía de esas naciones superexplotando a los obreros de las naciones oprimidas. Las estadísticas económicas muestran, además, que aquí un *mayor* porcentaje de obreros se convierten en capataces, esto sucede en las naciones opresoras; un porcentaje *mayor* pasa a formar la capa de la aristocracia obrera*. Esto es un hecho. En *cierta medida*, los obreros de las naciones opresoras son socios de su propia burguesía en el saqueo de los obreros (y de la masa de la población) de las naciones oprimidas.

2) Desde el punto de vista *político*, la diferencia consiste en que, comparados con los obreros de la nación oprimida, los obreros de las naciones opresoras ocupan un lugar de privilegio en muchas esferas de la vida política.

3) Desde el punto de vista ideológico, o espiritual, la diferencia consiste en que a los obreros de las naciones opresoras se les enseña, en la escuela y en la vida, a desdeñar y despreciar a los obreros de las naciones oprimidas. Esto ha sido experimentado por ejemplo, por todo gran ruso que ha sido educado o ha vivido entre los gran rusos.

En la realidad objetiva existen, pues, diferencias *en toda la línea*, es decir, un “dualismo” en el mundo objetivo que es independiente de la voluntad y de la conciencia de los individuos.

Siendo así, ¿cómo habremos de considerar las afirmaciones de P. Kíevski sobre “la acción monista de la Internacional”?

Es una frase vacía, altisonante, y nada más.

En la vida real la Internacional está compuesta de obreros, *divididos* en naciones opresoras y oprimidas. Si su acción *tiene que ser monista*, su propaganda no debe ser *la misma* para ambos: ¡así

* Véase por ejemplo el libro de Hurwich sobre la inmigración y la situación de la clase obrera en Norteamérica. Immigration and Labour [La inmigración y el trabajo. (Ed.)]

es cómo debemos mirar el asunto, a la luz del verdadero “monismo” (y no de Dühring), del materialismo marxista!

¿Un ejemplo? Hemos citado el ejemplo de Noruega (¡hace más de dos años en la prensa legal!) y nadie lo ha refutado. La acción de los obreros noruegos y suecos, en este caso concreto tomado de la vida, fue “monista”, unificada, internacionalista, tan sólo porque y en cuanto los obreros suecos defendieron incondicionalmente la libertad de separación de Noruega, mientras los obreros noruegos plantearon la cuestión de la separación sólo condicionalmente. Si los obreros suecos no hubiesen sostenido incondicionalmente la libertad de separación de Noruega, habrían sido chovinistas, cómplices de los terratenientes suecos chovinistas que querían “conservar” a Noruega por la fuerza, por la guerra. Si los obreros noruegos no hubiesen planteado el problema de la separación en forma condicional, es decir, permitiendo que incluso los miembros del Partido Socialdemócrata pudiesen hacer propaganda y votar contra la separación, habrían faltado a su deber internacionalista y habrían caído en un estrecho nacionalismo noruego *burgués*. ¿Por qué? ¡Porque la separación la realizaba la burguesía y no el proletariado! ¡Porque la burguesía noruega (como cualquier otra) *siempre* trata de meter una cuña entre los obreros del propio país y los del “extranjero”! Porque cualquier reivindicación democrática (incluyendo la autodeterminación) está *subordinada*, para los obreros con conciencia de clase, a los supremos intereses del socialismo. Si, por ejemplo, la separación de Noruega de Suecia hubiese creado la certitud o probabilidad de una guerra entre Inglaterra y Alemania, los obreros noruegos, por ese motivo, habrían debido oponerse a la separación, y los obreros suecos, sin dejar de ser socialistas, habrían tenido el derecho y la posibilidad de hacer propaganda contra la separación, pero tan sólo en caso de sostener una lucha sistemática, constante y consecuente *contra* el gobierno sueco por la *libertad* de Noruega a la separación. De lo contrario, los obreros y el pueblo noruegos *no habrían creído ni podían* creer en el consejo de los obreros suecos.

La dificultad con los adversarios de la autodeterminación es que ellos se limitan a abstracciones sin vida temiendo analizar hasta el fin, aunque sea un solo ejemplo concreto tomado de la vida real. La declaración concreta, expuesta en nuestras tesis, de que un nuevo Estado polaco es plenamente “realizable” *ahora*, si se diera una determinada combinación de condiciones exclusivamente militares,

estratégicas*, no fue objetada ni por los polacos ni por P. Kíevski. Pero nadie quiso examinar las conclusiones que se desprenden de esta aceptación tácita de que teníamos razón. Y lo que se desprende, evidentemente, es que la propaganda internacionalista no puede ser la misma para los rusos y para los polacos, si es que debe educar a ambos para una “acción monista”. El obrero gran ruso (y el alemán) tiene la obligación de insistir incondicionalmente en la libertad de Polonia a la separación, pues de otra manera sería en realidad, ahora, un lacayo de Nicolás II o de Hindenburg. El obrero polaco debe insistir en la separación tan *sólo* en forma condicional, pues especular (como lo hacen los fraki) con la victoria de una u otra burguesía imperialista equivale a convertirse en su lacayo. No comprender esta diferencia, que es condición previa de la “acción monista” de la Internacional, es casi lo mismo que no comprender por qué una “acción monista” contra el ejército zarista, supongamos, en las cercanías de Moscú, requiere que las fuerzas armadas revolucionarias marchen hacia el oeste desde Nizhni-Nóvgorod y hacia el este desde Smolensk.

* * *

En segundo lugar, nuestro nuevo representante del monismo de Dühring nos reprocha que no hagamos lo posible por lograr la “más estrecha vinculación orgánica de las diferentes secciones nacionales de la Internacional” para el caso de una revolución social.

En el socialismo, la autodeterminación pierde sentido —escribe P. Kíevski—, puesto que el propio estado se extingue. ¡Esto está dirigido contra nosotros! Pero en nuestras tesis, en tres líneas, las tres últimas líneas del punto primero, decimos clara y precisamente que la “democracia es también una forma del Estado que debe desaparecer cuando desaparezca el Estado”†. Esta es, precisamente, la verdad trillada que P. Kíevski repite — ¡para “refutarnos”, por supuesto!— en muchas páginas del punto c (capítulo I), y que repite, *tergiversándola*. “Nosotros nos imaginamos —escribe— y siempre

* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. XXIII, “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”, punto 2, La revolución socialista y la lucha por la democracia. (*Ed.*)

† Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. XXIII, “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”. Punto 2. La revolución socialista y la lucha por la democracia. (*Ed.*)

nos hemos imaginado el régimen socialista, como un sistema económico estrictamente democrático [¡!], centralizado, en el cual el Estado, como aparato de dominación de una parte de la población sobre otra, desaparece.” Esto es una confusión, porque la democracia también es dominación “de una parte de la población sobre otra”; también es una forma de Estado. El autor, evidentemente no comprende en qué consiste la extinción del Estado después del triunfo del socialismo y qué es lo que requiere este proceso.

Pero lo principal son sus “objeciones” referentes a la época de la revolución social. Nos llama “talmudistas de la autodeterminación” —qué epíteto espantoso— y añade: “Nos imaginamos este proceso [la revolución social] como la acción unificada de los proletarios de todos [!] los países, que borran las fronteras del Estado burgués [!], que arrancan los mojones fronterizos [¿además de “borrar las fronteras”?], que hacen estallar [!] la unidad nacional e implantan la unidad de clase.”

Pese a la ira de este severo juez de los “talmudistas”, debemos decir: aquí hay muchas frases pero no hay “ideas”.

La revolución social no puede ser la acción unida de los proletarios de todos los países, por la simple razón de que la mayoría de los países y la mayoría de la población del mundo aun no han alcanzado, o sólo acaban de alcanzar, la etapa de desarrollo capitalista. Hemos consignado esto en el § 6 de nuestras tesis*, pero P. Kíevski “no ha notado”, por falta de atención o por incapacidad para pensar, que hemos incluido este punto con un propósito determinado, o sea para refutar las deformaciones caricaturescas del marxismo. *Solamente* los países avanzados de Europa occidental y Norteamérica han madurado para el socialismo, y en la carta de Engels a Kautsky (*Sbórník Sotsial-Demokrat*), P. Kíevski encontrará un ejemplo concreto —de la “idea” real y no meramente prometida— de que soñar con la “acción unida de los proletarios de todos los países” significa aplazar el socialismo hasta las calendas griegas, es decir, para siempre.

El socialismo será realizado por la acción unida de los proletarios, no de todos los países, sino de una minoría de países, de aquellos que han alcanzado la etapa avanzada de desarrollo capitalista. El origen del error de P. Kíevski está en no comprender esto. En

* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. XXIII, “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”. Tres tipos de países en lo que se refiere a la autodeterminación de las naciones. (*Ed.*)

estos países avanzados (Inglaterra, Francia, Alemania, etc.) el problema nacional fue resuelto hace mucho tiempo, el objetivo de la unidad nacional se ha cumplido hace mucho tiempo, no hay *objetivamente* “tareas nacionales generales” a realizar. Por ello, sólo en estos países es posible “hacer estallar” ahora la unidad nacional e implantar la unidad de clase.

Otra cosa sucede, en los países no desarrollados. Abarcan todo el este de Europa y todas las colonias y semicolonias, y de ellos se ocupa el § 6 de nuestra tesis (segundo y tercer tipo de países). En esas regiones *todavía* existen, por regla general, naciones oprimidas y no desarrolladas desde el punto de vista capitalista. Objetivamente, esas naciones tienen que cumplir todavía tareas nacionales generales, es decir, tareas democráticas, la tarea de *derribar la opresión extranjera*.

Como un ejemplo de este tipo de naciones Engels cita a la India, señalando que este país podría realizar una revolución contra el socialismo triunfante, pues Engels estaba lejos de aquel ridículo “economismo imperialista” que imagina que el proletariado, después de triunfar en los países avanzados, abolirá “automáticamente”, sin determinadas *medidas* democráticas, la opresión nacional en todas partes. El proletariado victorioso reorganizará los países en los que ha triunfado. No se puede hacer esto de golpe, así como tampoco se puede “vencer” a la burguesía de golpe. Lo hemos subrayado deliberadamente en nuestras tesis, y P. Kíevski tampoco esta vez se ha detenido a pensar por qué subrayamos este punto a propósito del problema nacional.

En tanto que el proletariado de los países avanzados derroca la burguesía y rechaza sus intentos contrarrevolucionarios, las naciones no desarrolladas y oprimidas no se quedan esperando, no dejan de existir, no desaparecen. Y si aprovechan inclusive una crisis de la burguesía imperialista como la guerra de 1915-1916 —crisis pequeña comparada con la revolución social—, para sublevarse (las colonias, Irlanda) no cabe duda que con mayor razón aprovecharán la *gran crisis* de la guerra civil en los países avanzados para sublevarse.

La revolución social sólo puede producirse en la forma de un período en el que se combinan la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados con toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, incluido el movimiento de liberación nacional, en las naciones no desarrolladas, atrasadas y oprimidas.

¿Por qué? Porque el capitalismo se desarrolla en forma desigual, y la realidad objetiva nos muestra, junto a naciones capitalistas altamente desarrolladas, una serie de naciones económicamente poco desarrolladas o no totalmente desarrolladas. P. Kíevski no ha analizado en absoluto las condiciones *objetivas* de una revolución social desde el punto de vista de la madurez económica en los distintos países. Su reproche de que *nosotros* “inventamos” ejemplos dónde aplicar la autodeterminación, es, por lo tanto, un intento de cargar la culpa a un inocente.

Con un celo digno de mejor causa P. Kíevski cita reiteradas veces a Marx y Engels para demostrar que “no se debe sacar ideas de la cabeza de uno, sino usar la cabeza para descubrir en las condiciones materiales existentes” los medios que liberarán a la humanidad de los flagelos sociales. Al leer estas repetidas citas, no puedo dejar de recordar a los últimos “economistas” de triste memoria que, de manera igualmente aburrida... insistían en su “nuevo descubrimiento” de que el capitalismo había triunfado en Rusia. P. Kíevski nos quiere “asombrar” con estas citas, ¡pretende que nosotros hemos sacado de nuestras propias cabezas las condiciones para la aplicación de la autodeterminación de la época del imperialismo! Pero en su propio artículo leemos la siguiente “imprudente confesión”:

El sólo hecho de que estamos *contra* (la cursiva es del autor) la defensa de la patria muestra en forma muy clara que resistiremos activamente la represión de una insurrección nacional, porque de ese modo lucharemos contra nuestro enemigo mortal, el imperialismo (cap. II, § P del artículo de P. Kíevski).

No se puede criticar a un autor, no se le puede responder si no se citan íntegramente, al menos, las proposiciones principales de su artículo. ¡Pero en todas las proposiciones de P. Kíevski se encontrará que cada frase contiene dos o tres errores, o una falta de lógica que desfigura el marxismo!

1) ¡P. Kíevski no ha advertido que una insurrección nacional es también “defensa de la patria”! Y sin embargo, un mínimo de reflexión puede convencer a cualquiera de que es así, pues toda “nación sublevada” se “defiende” a sí misma, defiende su idioma, su territorio, su patria contra la nación opresora.

Toda opresión nacional provoca la resistencia de las *amplias masas* del pueblo, y la resistencia de la población oprimida nacionalmente, siempre *tiende* a la insurrección nacional. A menudo (so-

bre todo en Austria y Rusia), vemos que la burguesía de las naciones oprimidas *sólo* habla de insurrección nacional, mientras que en la práctica hace pactos reaccionarios con la burguesía de la nación opresora, a espaldas de su propio pueblo y *contra* él. En esos casos, la crítica de los marxistas revolucionarios no debe ser dirigida contra el movimiento nacional, sino contra su degradación, su vulgarización, contra la tendencia a reducirlo a una disputa mezquina. A propósito: muchos socialdemócratas austriacos y rusos olvidan esto y en su *legítimo* odio hacia las disputas nacionales mezquinas, vulgares y sórdidas —peleas y disputas, por ejemplo, a propósito de cuál idioma debe tener prioridad en los letreros bilingües indicadores de los nombres de las calles—, se niegan a apoyar la lucha nacional. No vamos a “apoyar” una farsa de república en, digamos, el principado de Mónaco o bien el aventurerismo “republicano” dé los “generales” en los pequeños países de América del Sur o en alguna isla del Pacífico, pero esto no significa que sea lícito abandonar la consigna republicana para los movimientos democráticos y socialistas serios. Nosotros ridiculizamos y debemos ridiculizar las sórdidas disputas nacionales y los regateos en Rusia y Austria, pero ello no significa que sea lícito negar apoyo a una insurrección nacional o a una lucha popular importante contra la opresión nacional.

2) Si las insurrecciones nacionales son imposibles en la “época del imperialismo”, P. Kíevski no tiene derecho a hablar de ellas. Si son posibles, *todas* sus interminables frases sobre el “monismo” y sobre nuestros “inventados” ejemplos de autodeterminación bajo el imperialismo, etc., etc., se hacen polvo. P. Kíevski destruye sus propios argumentos.

Si “nosotros” “resistimos activamente la represión” de una “insurrección nacional” —un caso que “*el mismo*” P. Kíevski considera posible—, ¿qué significa eso?

Significa que la *acción* es doble o “dualista”, para emplear el término filosófico tan incorrectamente como lo hace nuestro autor: (a) primero, es la “acción” del proletariado y los campesinos nacionalmente oprimidos, *junto* con la burguesía nacionalmente oprimida, *contra* la nación opresora; (b) segundo, es la “acción” del proletariado, o del sector de éste con conciencia de clase, en la nación opresora, *contra* la burguesía de esa nación y todos los elementos que la siguen.

La infinidad de frases a que recurre P. Kíevski contra “un bloque nacional”, contra las “ilusiones” nacionales, contra el “veneno”

del nacionalismo, contra “la incitación al odio nacional”, etc., son frases vacías, pues al aconsejar al proletariado de los países opresores (al cual, recuérdese, el autor considera una fuerza considerable) “que resista activamente la represión de una insurrección nacional”, el autor incita con ello al odio nacional y apoya la creación de un “bloque” de los obreros de los países oprimidos “con la burguesía”.

3) Si son posibles las insurrecciones nacionales bajo el imperialismo, también lo son las guerras nacionales. No existe diferencia política sustancial entre las unas y las otras. Los historiadores militares tienen completa razón cuando colocan en una misma categoría las insurrecciones y las guerras. P. Kíevski, inconscientemente, se ha refutado no solamente a sí mismo, sino que ha refutado también a Junius* y el grupo “Internacional”, que niegan la *posibilidad* de guerras nacionales bajo el imperialismo. Y esta negación es el único fundamento teórico imaginable para negar la autodeterminación de las naciones bajo el imperialismo.

4) Pues, ¿qué es una insurrección “nacional”? Es una insurrección cuyo objetivo es realizar la independencia *política* de la nación oprimida, es decir, la creación de un Estado nacional separado.

Si el proletariado de la nación opresora es una fuerza considerable (en la época del imperialismo, como lo supone correctamente nuestro autor), la determinación de este proletariado de “resistir activamente la represión de una insurrección nacional”, ¿*no significa acaso una ayuda* para la creación de un Estado nacional separado? ¡Claro que sí!

¡A pesar de que niega la posibilidad de “realización” de la autodeterminación, nuestro intrépido autor argumenta ahora que el proletariado con conciencia de clase de los países avanzados debe ayudar a la realización de este propósito “irrealizable”!

5) ¿*Por qué* debemos “nosotros” “resistir activamente” la represión de una insurrección nacional? P. Kíevski da sólo una razón: “...porque de esa manera lucharemos contra nuestro enemigo mortal, el imperialismo”. Toda la *fuerte* de este argumento se reduce a la fuerte palabra: “mortal”, conforme a la inclinación del autor por las palabras fuertes en remplazo de argumentos fuertes, frases altisonantes como “clavar una estaca en el cuerpo tembloroso de la burguesía”, y otros floreos a la manera de Alexinski.

* Junius: seudónimo de Rosa Luxemburgo. (Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, “Biografías”, tomo complementario 3. (Ed.)

Pero este argumento de P. Kíevski es erróneo. El imperialismo es tan enemigo “mortal” nuestro como el capitalismo. Es así. Ningún marxista olvidará sin embargo que el capitalismo es progresista comparado con el feudalismo, y que el imperialismo es progresista comparado con el capitalismo premonopolista. En consecuencia, no toda lucha contra el imperialismo debe ser apoyada por nosotros. No apoyaremos una lucha de las clases reaccionarias contra el imperialismo, no apoyaremos una insurrección de las clases reaccionarias contra el imperialismo y el capitalismo.

En consecuencia, una vez que el autor reconoce la necesidad de apoyar una insurrección de una nación oprimida (“resistir activamente” la represión significa apoyar la insurrección), reconoce, también, que una insurrección nacional es progresista, que la creación de un estado nuevo y separado, de nuevas fronteras, etc., como resultado de una insurrección, triunfante, es *progresista*.

¡En *ninguno* de sus argumentos políticos el autor es consecuente!

La insurrección irlandesa del año 1916, que tuvo lugar después de la publicación de nuestras tesis en el núm. 2 de *Vorbote*, demostró —dicho sea de paso— ¡qué no había sido inútil hablar de la posibilidad de insurrecciones nacionales incluso en Europa!

6. Las demás cuestiones políticas planteadas y tergiversadas por P. Kíevski

Hemos señalado en nuestras tesis que liberación de las colonias significa autodeterminación de las naciones. Los europeos olvidan a menudo que los pueblos coloniales *también* son naciones, pero tolerar este “olvido” es tolerar el chovinismo.

P. Kíevski “objeta”:

“El proletariado en el sentido exacto de la palabra, no existe” en las colonias de tipo puro (final del § P en el capítulo II). “¿A quién entonces está destinada la consigna de la ‘autodeterminación’? ¿A la burguesía colonial? ¿A los fellahs? ¿A los campesinos? Claro que no. Es absurdo que los socialistas [el subrayado es de P. Kíevski] exijan la autodeterminación de las colonias, porque en general es absurdo plantear las consignas de un partido obrero para los países donde no hay obreros.”

Por más terrible que sea la ira de P. Kíevski, y su denuncia de que nuestro punto de vista es “absurdo”, nos atrevemos, sin embar-

go, a observarle que sus argumentos son erróneos. Sólo los difuntos y no llorados “economistas” pensaban que ‘las consignas de un partido obrero’ están dirigidas únicamente a los obreros*. No, estas consignas están dirigidas a toda la población trabajadora, a todo el pueblo. La parte democrática de nuestro programa —sobre cuyo significado P. Kíevski, “en general”, no ha reflexionado en absoluto— está dirigida especialmente a todo el pueblo y por eso hablamos, en él, del “pueblo”†.

Hemos estimado en 1.000 millones la población colonial y semicolonial, y P. Kíevski no se ha tomado el trabajo de refutar esta declaración concreta. De esta población de 1.000 millones, más de 700 millones (China, India, Persia, Egipto) viven en países donde hay obreros. Pero aun para los países coloniales donde no hay obreros, donde hay sólo esclavistas y esclavos, etc., lejos de ser absurdo, es obligatorio para todo marxista plantear la “autodeterminación”. Y si P. Kíevski pensara un poquito en el asunto probablemente lo comprendería, y también que la “autodeterminación” se plantea siempre “para” dos naciones: la oprimida y la opresora.

He aquí otra de las “objeciones” de P. Kíevski:

Por esa razón nosotros nos limitamos, respecto de las colonias, a una consigna negativa, es decir, a la exigencia de los socialistas a sus gobiernos: “¡fuera de las colonias!” Esta exigencia, irrealizable dentro de los marcos del capitalismo, sirve para intensificar la lucha contra el imperialismo, pero no contradice la tendencia de desarrollo, pues una sociedad socialista no poseerá colonias.

¡Es asombrosa la incapacidad o repugnancia del autor a reflexionar aunque sea algo, en el contenido teórico de las consignas políticas! ¿Acaso el empleo de una frase propagandística en lugar de un término político teóricamente exacto, puede cambiar las cosas? ¡Decir “fuera de las colonias” es eludir un análisis teórico y

* P. Kíevski haría muy bien en volver a leer lo que escribieron A. Martínov y Cía., de los años 1899-1901, Encontraría allí muchos de sus “propios” argumentos.

† Ciertos extraños adversarios de la “autodeterminación de las naciones” tratan de refutar nuestros puntos de vista con el argumento de que ¡las “naciones” se hallan divididas en clases! Nuestra habitual respuesta a estos marxistas caricaturescos es que, la parte democrática de nuestro programa habla del “gobierno del pueblo”.

ocultarse detrás de frases propagandísticas! Todo propagandista de nuestro partido, hablando de Ucrania, Polonia, Finlandia, etc. tiene derecho a decir al gobierno zarista (“a su gobierno”): “fuera de Finlandia”, etc., pero el propagandista inteligente comprenderá que no debemos plantear consignas positivas o negativas con el único propósito de “intensificar” la lucha. Sólo gente del tipo de Alexinski podía insistir en que la consigna “negativa” “fuera de la Duma centurionegrata” estaba justificada por el deseo de “intensificar” la lucha contra cierto mal.

La intensificación de la lucha es una frase vacía de los subjetivistas, quienes olvidan la exigencia marxista de que toda consigna sea justificada por un análisis preciso de la realidad *económica*, de las condiciones *políticas* y del sentido *político* de la consigna. Resulta molesto seguir remachando este asunto, pero ¿qué podemos hacer?

Conocemos la costumbre de Alexinski de interrumpir una discusión teórica sobre un problema teórico con algaradas propagandísticas. Es una mala costumbre. El significado político y económico de la consigna “fuera de las colonias” es uno y sólo uno: ¡libertad de separación para las naciones coloniales, libertad para crear un Estado separado! Si, como lo cree P. Kíevski, las *leyes generales* del imperialismo impiden la autodeterminación de las naciones y la convierten en una utopía, en una ilusión, etc., etc., ¿cómo se puede entonces, sin reflexionar, hacer una excepción de estas leyes generales para la *mayoría* de las naciones del mundo? Evidentemente la “teoría” de P. Kíevski es una caricatura de teoría.

La producción mercantil y el capitalismo y los vasos comunicantes del capital financiero, existen en la enorme mayoría de los países coloniales. ¿Cómo se puede entonces instar a los países imperialistas, a sus gobiernos, a que “se vayan de las colonias”, si desde el *punto de vista* de la producción mercantil, del capitalismo y del imperialismo esto es una exigencia “no científica” y “utópica”, “refutada” incluso por Lensch, por Cunow, etcétera?

¡No hay ni sombra de pensamiento en los argumentos del autor!

El autor no pensó en el hecho de que la liberación de las colonias es “irrealizable” *sólo* en el sentido de que es “irrealizable sin una serie de revoluciones”. No pensó tampoco en el hecho de que es realizable en conjunción con una revolución socialista en Europa. No pensó en el hecho de que una “sociedad socialista no poseerá” *no sólo* colonias, sino tampoco naciones sojuzgadas *en general*. No

pensó en el hecho de que, en el problema en discusión, *no hay* diferencia alguna ni económica ni política entre la “posesión” de Polonia o de Turquestán por parte de Rusia. No pensó en el hecho de que una “sociedad socialista” querrá irse “fuera de las colonias” *sólo* en el sentido de acordarles el libre derecho de separación, pero de *ninguna manera* en el sentido de *recomendar la separación*.

P. Kíevski nos censura llamándonos “impostores” por esta distinción entre el derecho a la separación y la recomendación a la separación, y, para “fundamentar científicamente” este veredicto ante los obreros, escribe:

¿Qué pensará un obrero al preguntar a un propagandista cómo debe considerar el proletariado el problema del independentismo (es decir, la independencia política de Ucrania), y obtiene esta respuesta: los socialistas defienden el derecho a la separación pero su propaganda está contra la separación?

Creo poder dar una respuesta bastante exacta a esta pregunta, es decir, todo obrero sensato pensará que P. Kíevski *es incapaz de pensar*.

Todo obrero sensato “pensará”: ¡pero si éste es el mismo P. Kíevski que nos enseña a nosotros los obreros a gritar: “fuera de las colonias”! En otras palabras, nosotros, los obreros gran rusos, debemos exigir de nuestro gobierno que se vaya de Mongolia, de Turquestán, de Persia; los obreros ingleses deben exigir que el gobierno inglés se vaya de Egipto, de la India, de Persia, etc. ¿Pero acaso esto significa que nosotros, los proletarios, queremos separarnos de los obreros egipcios y de los fellahs, de los obreros y campesinos mongoles, turquestanos o indios? ¿Significa esto acaso que nosotros aconsejamos a las masas trabajadoras de las colonias que se “separen” del proletariado europeo con conciencia de clase? Nada de eso. Ahora, como siempre, estamos y estaremos por la unión más estrecha y la fusión de los obreros con conciencia de clase de los países avanzados con los obreros, campesinos y esclavos de todos los países oprimidos. Siempre hemos aconsejado y seguiremos aconsejando a todas las clases oprimidas de los países oprimidos, incluidas las colonias, que *no se* separen de nosotros, sino que establezcan los vínculos más estrechos posibles y se unan a nosotros.

Nosotros exigimos de nuestros gobiernos que abandonen las colonias, o —para expresarnos en términos políticos exactos y no con algaradas de agitación—, que otorguen a las colonias plena libertad

de separación, *derecho* real a la *autodeterminación*; y nosotros mismos estamos seguros de poner en práctica este derecho y otorgar esa libertad no bien conquistemos el poder. Lo exigimos de los gobiernos actuales y lo *haremos* cuando seamos gobierno, no para “recomendar” la separación, sino, al contrario, para facilitar y acelerar la unión y la fusión *democráticas* de las naciones. Haremos todos los esfuerzos posibles para alentar la unión y la fusión con los mongoles, los persas, los indios y los egipcios. Consideramos que ello es un deber para nosotros y que está en *nuestro interés*, pues de lo contrario el socialismo en Europa *será frágil*. Trataremos de prestar a estos pueblos, más atrasados y más oprimidos que nosotros, “una ayuda cultural desinteresada”, para emplear la feliz expresión de los socialdemócratas polacos. En otras palabras, los ayudaremos a pasar al empleo de maquinaria, a aliviar el trabajo, a la democracia, al socialismo.

Si exigimos la libertad de separación para los mongoles, persas, egipcios y para todas las naciones oprimidas y atropelladas sin excepción, no lo hacemos porque estemos por su separación, sino sólo porque estamos por la unión y la fusión *libre y voluntaria* y no por la unión coercitiva. ¡Esa es la *única* razón!

En tal sentido, la única diferencia entre los campesinos y los obreros mongoles o egipcios y sus equivalentes polacos o finlandeses, es, desde nuestro punto de vista, que los últimos son más evolucionados, políticamente más experimentados que los gran rusos, más preparados económicamente, etc., y, por eso, con seguridad, *muy pronto* convencerán a sus pueblos que es insensato extender a los obreros *socialistas*, y a la Rusia socialista, su actual y legítimo odio a los gran rusos por su papel de verdugos. Los convencerán de que el interés económico, el instinto y la conciencia internacionalistas y democráticas exigen la más rápida unión de todas las naciones y su fusión en una sociedad socialista. Y puesto que los polacos y los finlandeses son gente de gran cultura, con toda probabilidad se convencerán, muy pronto, de que esta actitud es justa, y la posible separación de Polonia y Finlandia después del triunfo del socialismo será, pues, de corta duración. Los fellahs, mongoles y persas, incomparablemente menos cultos, pueden separarse por un tiempo más largo, pero trataremos de acortarlo, como ya hemos dicho, mediante una ayuda cultural desinteresada.

No hay ni puede haber ninguna otra diferencia en nuestra actitud hacia los polacos y mongoles. No hay ni puede haber ninguna

“contradicción” entre nuestra propaganda por la libertad de separación y nuestra firme decisión de poner en práctica esa libertad cuando nosotros seamos gobierno, y nuestra propaganda por la unión y la fusión de las naciones. Esto es, estamos seguros, lo que todo obrero sensato, todo auténtico socialista e internacionalista, “pensará” de nuestra polémica con P. Kíevski*.

En todo el artículo se percibe la duda fundamental de Kíevski: ¿para qué propugnar, y, cuando estemos en el poder, poner en práctica la libertad de las naciones a *separarse*, si toda la tendencia del desarrollo lleva hacia la *fusión* de las naciones? Por la misma razón —le contestamos— que propugnamos, y, cuando estemos en el poder, pondremos en práctica la dictadura del proletariado, a pesar de que toda la tendencia del desarrollo lleva hacia la abolición de la dominación coercitiva de una parte de la sociedad sobre otra. La dictadura es la dominación de una parte de la sociedad sobre el resto de la sociedad, dominación que se apoya directamente en la coerción. La dictadura del proletariado, la única clase revolucionaria consecuente, es imprescindible para derrocar a la burguesía y rechazar sus tentativas contrarrevolucionarias. El problema de la dictadura del proletariado es tan importante, que quien niega la necesidad

* Evidentemente, P. Kíevski simplemente repitió la consigna “fuera de las colonias”, formulada por algunos marxistas alemanes y holandeses, sin considerar, no sólo su contenido y su significado teóricos, sino tampoco las características específicas de Rusia. A un marxista holandés o alemanes le puede perdonar —hasta cierto punto— que se limite a la consigna “fuera de las colonias”, pues, en primer lugar, en el caso de la mayoría de los países europeos *occidentales*, la forma típica de opresión nacional es precisamente la opresión de las colonias, y, en segundo lugar, para los países de la Europa occidental el propio término “colonias” tiene un significado claro, gráfico y vivo.

¿Pero en Rusia? Su peculiaridad consiste precisamente en el hecho de que la diferencia entre “*nuestras*” “colonias” y “*nuestras*” naciones oprimidas no es clara, no es concreta, no se siente en forma viva.

Se le podría perdonar a un marxista que escribiera, digamos en alemán, que olvidase *esta* particularidad de Rusia, pero en P. Kíevski es imperdonable. Para un socialista ruso, que no quiere simplemente *repetir*, sino también pensar, debería ser claro que, en el caso de Rusia, es particularmente absurdo tratar de descubrir alguna diferencia sería entre las naciones oprimidas y las colonias.

de tal dictadura o la reconoce sólo de palabra no puede ser miembro del Partido Socialdemócrata. Sin embargo, no se puede negar que en casos particulares, como una excepción, por ejemplo, en algún país pequeño, después que en un país vecino grande se haya realizado la revolución socialista, sea factible la renuncia pacífica del poder por parte de la burguesía, si ésta llega a convencerse de que es inútil la resistencia y si prefiere salvar el pellejo. Pero es mucho más probable, naturalmente, que incluso en los países pequeños el socialismo no se alcance sin una guerra civil; por ello el único programa para la socialdemocracia internacional debe ser el reconocimiento de la guerra civil, a pesar de que la violencia sea ajena a nuestros ideales. Lo mismo —*mutatis mutandis*— (con las modificaciones correspondientes) es aplicable a las naciones. Estamos por su fusión, pero en la *actualidad* no puede haber transición de la fusión coercitiva, de las anexiones, a la fusión voluntaria, sin la libertad de separación. Nosotros reconocemos, y con toda razón, la primacía del factor económico, pero interpretarlo a la P. Kíevski es hacer una caricatura del marxismo. Hasta los trusts y los bancos del imperialismo moderno, a pesar de ser dondequiera igualmente inevitables como parte del capitalismo desarrollado, difieren en sus aspectos concretos de país a país. Es mayor aun la diferencia, a pesar de su homogeneidad en lo fundamental, entre las formas políticas en los países imperialistas avanzados, EE. UU., Inglaterra, Francia y Alemania. La misma diversidad se manifestará también en el camino que recorrerá la humanidad desde el imperialismo de hoy hasta la revolución socialista de mañana. Todas las naciones llegarán al socialismo, esto es inevitable, pero no todas lo harán exactamente de la misma manera, cada una contribuirá con algo propio, a tal o cual forma de la democracia, a tal o cual variedad de la dictadura del proletariado, a tal o cual variación en el ritmo de las transformaciones socialistas en los diferentes aspectos de la vida social. No hay nada más primitivo desde el punto de vista de la teoría, o más ridículo desde el de la práctica, que pintar, “en nombre del materialismo histórico”, este aspecto del futuro de un gris monótono. De esto no resultaría más que un pintarrajo de Suzdal*. E incluso si la realidad llegara a demostrar que antes del primer triunfo

* Suzdal. La expresión tiene su origen en el hecho de que, antes de la revolución, se producían en el distrito de Suzdal, iconos toscos, pintados de vivos colores, baratos. (*Ed.*)

del proletariado socialista sólo se liberará y separará 1/500 parte de las naciones actualmente oprimidas; que antes del triunfo final del proletariado socialista en todo el mundo (es decir, en el curso de las alternativas de la revolución socialista) se separará también sólo 1/500 parte de las naciones oprimidas por un tiempo muy breve, incluso en este caso, nosotros estaríamos, desde el punto de vista teórico y político práctico, en lo justo al aconsejar a los obreros que, desde ahora, no permitan dentro de sus partidos socialdemócratas a aquellos socialistas de las naciones opresoras que no reconocen y no defienden la libertad de separación de *todas* las naciones oprimidas. Pues el hecho es que nosotros no sabemos, ni podemos saber, qué número de naciones oprimidas necesitará en la práctica la separación para contribuir con algo propio a las diferentes *formas* de la democracia, a las diferentes formas de transición al socialismo. Pero sí sabemos, vemos y sentimos todos los días que la negación de la libertad de separación en la actualidad es teóricamente falsa del principio al fin y en la práctica se reduce á servilismo respecto de los chovinistas de las naciones opresoras.

Subrayamos —escribe P. Kíevski en una nota al pasaje más arriba citado— que apoyamos totalmente la exigencia “contra las anexiones impuestas por la fuerza”...

¡Pero no contesta ni siquiera con una sola palabra a nuestra declaración sumamente clara de que esta “exigencia” equivale al reconocimiento de la autodeterminación, de que no se puede definir de manera correcta el concepto “anexión” a menos de situarlo en el contexto de la autodeterminación! ¡Sin duda Kíevski cree que en una discusión es suficiente presentar los propios argumentos y reivindicaciones, sin ninguna evidencia que los demuestre!

Nosotros aceptamos plenamente —continúa el autor— una serie de exigencias que tienden a aguzar la conciencia del proletariado contra el imperialismo, en su formulación negativa, pero es absolutamente imposible elaborar las formulaciones positivas correspondientes dentro del régimen existente. Contra la guerra sí, pero no por una paz democrática...

Falso, falso desde la primera a la última palabra. Kíevski ha leído nuestra resolución sobre *El pacifismo y la consigna de la paz*

(págs. 44-45 del folleto *El socialismo y la guerra*)* e incluso la aprobó, creo, pero, evidentemente, no la comprendió. Nosotros estamos por una paz democrática, sólo que prevenimos a los obreros contra el engaño de que esa paz es posible bajo los gobiernos actuales burgueses, “sin una serie de revoluciones”, tal como lo señala la resolución. Nosotros denunciarnos que era un engaño a los obreros la defensa “abstracta” de la paz, es decir, una defensa que no tiene en cuenta el verdadero carácter de clase, o más exactamente: el carácter imperialista de los gobiernos actuales de los países beligerantes. Hemos declarado de manera terminante en las tesis del periódico *Sotsial-Demokrat* (núm. 47), que nuestro partido, en el caso de que fuera llevado al poder por una revolución en el curso de la guerra actual, propondría inmediatamente una paz democrática a todos los países beligerantes†.

P. Kíevski, sin embargo, ansioso por convencerse a sí mismo y a otros de que él se opone “solamente” a la autodeterminación y no a la democracia en general, llega a afirmar que “nosotros no estamos por una paz democrática”. ¡Curiosa lógica!

No es necesario tratar cada uno de los otros ejemplos que cita, pues no vale la pena desperdiciar espacio para refutarlos, pues son tan ingenuos como ilógicos y sólo harán sonreír al lector. No hay ni puede haber tal cosa como una consigna “negativa” socialdemócrata que sirve sólo para “aguzar la conciencia del proletariado contra el imperialismo”, sin brindar, al mismo tiempo, una respuesta positiva al interrogante de cómo la social-democracia resolverá el problema cuando asuma el poder. Una consigna “negativa”, que no esté vinculada con una determinada solución positiva, no “aguzará”, sino que embotará la conciencia, pues una consigna tal es una frase hueca, un grito en el vacío, una declamación sin contenido.

P. Kíevski no comprende la diferencia entre las consignas “negativas” que censuran los males políticos y los males *económicos*. La diferencia consiste en que ciertos males económicos son propios del capitalismo como tal, cualquiera sea la superestructura política,

* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. XXII, “Conferencia de las secciones del POSDR en el extranjero”, El pacifismo y la consigna de la paz. (Ed.)

† Id. *ibíd.*, t. XXIII, “Los marxistas revolucionarios en la Conferencia Socialista Internacional del 5 al 8 de setiembre de 1915”. (Ed.)

y que es *imposible* eliminarlos económicamente sin eliminar el propio capitalismo. No es posible citar un solo ejemplo que refute esto. Por otro lado, los males políticos representan una desviación de la democracia, la que es completamente posible —desde el punto de vista económico— “sobre la base del régimen existente”, es decir, el capitalismo, y dicha democracia se realiza, como excepción bajo el capitalismo; ciertos aspectos en un país y otros en otros países. ¡De nuevo el autor no ha comprendido, precisamente, las condiciones fundamentales necesarias para la realización de la democracia en general!

Lo mismo sucede con la cuestión del divorcio. Los lectores recordarán que este problema fue planteado la primera vez por Rosa Luxemburgo, al discutirse el problema nacional. Ella expresó la opinión, perfectamente justificada, de que si defendemos la autonomía dentro de un Estado (para una región, territorio, etc.), debemos, como socialdemócratas centralistas, insistir en que los problemas nacionales más importantes, y la legislación del *divorcio* es uno de ellos, deberían estar dentro de la jurisdicción del gobierno central y del Parlamento nacional. Este ejemplo demuestra de modo evidente que no se puede ser demócrata y socialista sin exigir de inmediato la plena libertad de divorcio, pues la ausencia de tal libertad es una opresión adicional del sexo oprimido, aunque no es difícil comprender que el reconocimiento de la *libertad* de dejar al marido ¡no es una *invitación* a que lo hagan todas las esposas!

P. Kíevski “objeta”:

¿Cómo sería este derecho (el del divorcio) si en esos casos (cuando la mujer *quiere* dejar al marido), ella no pudiese ejercer su derecho? ¿O si su ejercicio dependiese de la voluntad de terceras personas, o, peor todavía, de la voluntad de quienes pretenden la “mano” de esa mujer? ¿Propugnaríamos nosotros la proclamación de tal derecho? ¡Claro que no!

Esa objeción revela la más completa falta de comprensión de la relación que existe entre la democracia en general y el capitalismo. En el capitalismo son habituales, no como excepción sino como fenómeno típico del sistema, las condiciones que impiden “ejercer” sus derechos democráticos a las clases oprimidas. En la mayoría de los casos el derecho al divorcio será “irrealizable” bajo el capitalismo, pues el sexo oprimido se halla sometido económicamente, y por más democracia que exista bajo el capitalismo, la mujer sigue sien-

do “una esclava doméstica”, una esclava encerrada en el dormitorio, en la habitación de los niños, en la cocina. El derecho a elegir “sus propios” jueces populares, funcionarios públicos, maestros, jurados, etc., es, bajo el capitalismo, igualmente irrealizable en la mayoría de los casos, precisamente a causa del sometimiento económico de los obreros y campesinos. Lo mismo sucede en lo que se refiere a la república democrática. Nuestro programa la define como “gobierno del pueblo”, a pesar de que todos los socialdemócratas saben muy bien que bajo el capitalismo, aun en las repúblicas más democráticas, existirá indefectiblemente corrupción de los funcionarios por la burguesía y una alianza de la Bolsa con el gobierno.

Sólo quienes no saben pensar o que no conocen el marxismo, deducirán: ¡entonces la república no es necesaria; la libertad de divorcio no es necesaria; la democracia no es necesaria; la autodeterminación de las naciones no es necesaria! Los marxistas saben que la democracia no elimina la opresión de clase, sino que torna la lucha de clases más directa, más amplia, más abierta y pronunciada y eso es lo que necesitamos, precisamente. Cuanto más amplia sea la libertad de divorcio, tanto más claro será para la mujer que la fuente de su “esclavitud doméstica” es el capitalismo y no la falta de derechos. Cuanto más democrático sea el régimen de gobierno, tanto más claro será para los obreros que la raíz del mal está en el capitalismo y no en la falta de derechos. Cuánto más amplia sea la igualdad de derechos de las naciones (que no es completa sin la libertad de separación), tanto más claro será para los obreros de las naciones oprimidas que la causa de su opresión es el capitalismo y no la falta de derechos, etc.

Debe repetirse una y otra vez: es molesto *machacar* el abecé del marxismo, pero, ¿qué podemos hacer si P. Kíevski no lo conoce?

P. Kíevski razona sobre el divorcio del mismo modo que uno de los secretarios del CO² en el extranjero, Siemkovski —si mal no recuerdo en el Golos* de París—. Es cierto, razonaba, que la libertad de divorcio no es una invitación a todas las esposas a abandonar a sus maridos, pero si se le demuestra, madame, que todos los demás maridos son mejores que el suyo, ¡¡el resultado será entonces el mismo!!

Al razonar de esta manera, Siemkovski olvidó que ser chiflado no es una violación de los principios socialistas y democráticos. Si

* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. XXII, nota 50. (Ed.)

Siemkovski fuera a demostrar a una mujer que todos los maridos son mejores que el suyo, nadie vería en esto una violación de los principios democráticos: como mucho la gente diría: ¡es inevitable que haya grandes chiflados en un partido grande! ¡Pero si a Siemkovski se le ocurriera defender como a un demócrata a una persona que se opusiere a la libertad de divorcio, y acudiese a los tribunales, a la policía o a la iglesia para evitar que su mujer lo abandonase, estamos seguros de que hasta la mayoría de los colegas de Siemkovski del secretariado en el extranjero, a pesar de ser unos socialistas despreciables, le negarían su apoyo!

Tanto I. Siemkovski como P. Kíevski, en su “debate” sobre el divorcio, no comprendieron el problema y eludieron su esencia: el derecho al divorcio, como todos los otros derechos democráticos sin excepción es, bajo el capitalismo, condicional, limitado, formal y estrecho y en extremo difícil de realizar; sin embargo, ni un solo socialdemócrata digno de ese nombre considerará demócrata y mucho menos socialista, a quien se oponga al derecho de divorcio. Éste es el fondo del asunto. *Toda* “democracia” consiste en la proclamación y realización de “derechos” que, en el capitalismo, son realizables sólo en muy pequeño grado y sólo relativamente. Pero sin la proclamación de estos derechos, sin una lucha para hacerlos adoptar ahora, inmediatamente, sin educar a las masas en el espíritu de esa lucha, el socialismo *es imposible*.

Al no comprender esto, P. Kíevski pasa por alto el problema central, que se refiere a su tema especial, a saber: ¿cómo aboliremos nosotros, los socialdemócratas» la opresión nacional? P. Kíevski elude el problema con frases sobre el mundo “bañado en sangre”, etc. (a pesar de que esto nada tiene que ver con el asunto en discusión). En el fondo sólo queda en pie un argumento: ¡la revolución socialista lo resolverá todo! O el argumento que suelen esgrimir quienes comparten sus puntos de vista: la autodeterminación es imposible bajo el imperialismo y está demás en el socialismo.

Desde el punto de vista teórico este criterio es absurdo; desde el punto de vista práctico y político es chovinista. No valora la significación de la democracia. Pues el socialismo es imposible sin democracia, porque: (1) el proletariado no puede llevar a cabo la revolución socialista si no se prepara para ella luchando por la democracia; (2) el socialismo triunfante no puede consolidar su victoria y llevar a la humanidad a la extinción del Estado, sin la realización de una democracia completa. Decir que la autodeterminación es super-

flua bajo el socialismo, es tan absurdo y tan irremediabilmente confuso como decir que la democracia es superflua bajo el socialismo.

La autodeterminación es tan imposible en el capitalismo y a tal punto superflua en el socialismo, como la democracia en general.

La revolución económica creará premisas indispensables para eliminar *todas* las formas de opresión política. Por eso, precisamente, no es lógico ni correcto reducir todo a la revolución económica pues el problema es: ¿cómo eliminar la opresión nacional? Es imposible eliminarla sin una revolución económica, esto es irrefutable; pero limitarse a ello significa caer en el absurdo y deplorable “economismo” imperialista.

Debemos realizar la *igualdad* nacional; proclamar, formular y poner en práctica la igualdad de “derechos” para todas las naciones. Todos están de acuerdo con eso, a excepción, tal vez, de P. Kíevski. Pero esto plantea un problema que Kíevski elude: la negación del derecho a crear un Estado nacional, ¿no significa negar la igualdad de derechos?

Por supuesto que sí. Y los demócratas consecuentes, *es decir*, los socialistas, proclaman, formulan y llevarán a la práctica este derecho, sin el cual no existe camino hacia un pleno, voluntario acercamiento y fusión de las naciones.

7. Conclusión. Los métodos de Alexinski

Sólo hemos analizado parte de los razonamientos de P. Kíevski. Para analizarlos todos se precisaría un artículo cinco veces más largo que éste, pues no hay un solo juicio correcto en todo lo que dice P. Kíevski. Lo que es *correcto* —suponiendo que no haya errores en las cifras—, es la nota con datos sobre los bancos. Todo lo demás es una maraña imposible de confusiones, sazonada con frases como “clavar la estaca en el cuerpo tembloroso”, “no sólo vamos a juzgar a los héroes triunfantes, sino también a condenarlos a muerte y a la desaparición”, “el nuevo mundo nacerá entre agonizantes convulsiones”, “no se tratará del problema de otorgar cartas constitucionales y derechos, ni de proclamar la libertad de los pueblos, sino de establecer relaciones auténticamente libres, destruyendo la esclavitud secular y la opresión social en general, y la opresión nacional en particular”, etc., etc.

Estas frases son, al mismo tiempo, pantalla y expresión de dos “cosas”: En primer lugar, están basadas en la “idea” del economismo imperialista, que es una tan monstruosa caricatura del marxismo

mo, una tan falsa interpretación de la relación entre el socialismo y la democracia, como lo fue el difunto y no llorado “economismo” de 1894-1902.

En segundo lugar, en estas frases se observa una repetición de los métodos de Alexinski, cosa que hay que subrayar especialmente, pues toda una parte del artículo de P. Kíevski (cap. II § f, *La situación particular de los judíos*) se basa *exclusivamente* en esos métodos.

Ya en el Congreso de Londres, en 1907, los bolcheviques se apartaron de Alexinski cuando éste, en respuesta a argumentos teóricos, tuvo una actitud de agitador y recurrió a frases altisonantes pero fuera de lugar, contra una u otra forma de explotación u opresión. “Ya empezó con sus chillidos otra vez”, dijeron nuestros delegados. Y los “chillidos” no hicieron ningún favor a Alexinski.

“Chillidos” del mismo tipo encontramos en el artículo de P. Kíevski. No sabe qué contestar a una serie de problemas y argumentos teóricos que se exponen en las tesis. Adopta en cambio una actitud de agitador y empieza a vociferar sobre la opresión de los judíos, aunque toda persona que piense comprenderá que sus vociferaciones y el problema judío, en general, nada tienen que ver con el tema en discusión.

Los métodos de Alexinski no pueden llevar a nada bueno.

Escrito entre agosto y octubre de 1916.

Publicado por primera vez en 1924, en la revista *Zvezdá*, núms. 1 y 2.

Firmado: V. Lenin.

Se publica de acuerdo con el manuscrito, cotejado con la copia a máquina corregida por Lenin.

Notas

1. *Una caricatura del marxismo y el economismo imperialista*: artículo escrito en respuesta al de P. Kíevski “El proletariado y el derecho de las naciones a la autodeterminación en la época del capital financiero”. Ambos artículos debían publicarse en *Sbórník Sotsial-Demokrata*, núm. 3. En el núm. 2 de esa publicación (diciembre de 1916) apareció un anuncio de los materiales que se habían recibido para el núm. 3 entre los que se encontraban los dos artículos antes mencionados. Por falta de medios, el núm. 3 no se editó en aquel entonces y los artículos no se publicaron. El manuscrito del artículo *Una caricatura del marxismo y el “economismo imperialista”* fue ampliamente di-

fundido entre los bolcheviques emigrados y entre algunos socialdemócratas de izquierda. En una carta a A. G. Shliápnikov, escrita a comienzos de octubre de 1916, antes de que éste viajase a Rusia, Lenin le decía: “Sería muy lamentable que Belenin no aguardara mi artículo contestando a Kíevski (ayer precisamente se envió para sacar copias, que estarán listas dentro de unos días).” Durante la discusión en el exterior del problema nacional, Lenin envió este artículo a los bolcheviques como un “ensayo teórico”. En respuesta a una carta de A. N. D. Kiknadze en la que le informaba sobre las discusiones en Ginebra con A. V. Lunacharski y otros a propósito del problema nacional, Lenin escribía: “Puesto que quiere discutir con ellos le envío mi artículo sobre este tema que aparecerá en el núm. 3 ó 4 de *Sbórník*”. Este artículo fue también enviado a V. A. Karpinski, a I. F. Armand ya otros bolcheviques.

Los artículos de Lenin sobre el problema nacional contribuyeron a que aquellos bolcheviques que tenían una posición vacilante al respecto asumieran una posición correcta. “De la misma forma que anteriormente estaba en general y totalmente en contra del ‘derecho a la autodeterminación’ ahora estoy por ese ‘derecho’...”, escribía Kiknadze a Lenin en noviembre de 1916. “Y ese cambio se debe indiscutiblemente a sus artículos, en los que resume (después de los aparecidos en *Prosoeschenie*, 1914, núms. 4, 5 y 6) todo lo que se puede decir contra los polacos y trata el problema exhaustivamente [...] Considero estos artículos un ejemplo de aplicación del método dialéctico en la elaboración de los problemas políticos de nuestro movimiento.” (Archivo Central del Partido, Instituto de Marxismo Leninismo adjunto al CC del PCUS.)

2. *Comité de Organización* (CO): Centro dirigente de los mencheviques creado en 1912 en la conferencia de agosto de los liquidadores. En los años de la guerra imperialista mundial defendió posiciones social-chovinistas, justificó la guerra por parte del zarismo, defendió el nacionalismo y el chovinismo. Editaba la revista *Nasha Zariá* y cuando ésta fue clausurada, editó *Nashe Dielo*, más tarde *Dielo* y el diario *Rabócheie Utro*, luego *Utro*. Funcionó hasta las elecciones del CC del partido menchevique, en agosto de 1917. Además del CO que actuaba en Rusia existió el Secretariado en el Extranjero del CO (integrado por cinco secretarios: P. B. Axelrod, I. S. Astrov-Poviés, I. O. Márto, A. S. Martínov, S. I. Siemkovski) que tuvo posiciones próximas al centrismo y que, cubriéndose con frases internacionalistas, en los hechos apoyaba a los social-chovinistas rusos. El Secretariado editó su propio órgano de prensa, *Izvestia del Secretariado en el Extranjero del CO del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia*, que se publicó desde febrero de 1915 hasta marzo de 1917. El número de partidarios del Comité

de Organización en Rusia era insignificante y disminuía cada vez más, cosa que tuvo que reconocer hasta L. Márto, que en carta a P. B. Axelrod del 3 de enero de [i][i] le decía: “En Rusia nuestros asuntos van mal [...] F. I. Dan teme que todo el mundo se pasará del lado de los leninistas...”

El artículo de S. Siemkovski “¿Descomposición de Rusia?, que, por lo visto se refiere Lenin, fue publicado el 21 de marzo en el núm. 45 del diario *Nashe Slovo*.